ALFRED HITCHCOCK Y



LOS TRES INVESTIGADORES

MISTERIO DEL RELOJ CHILLÓN

La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio del reloj chillón

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 9

ePub r1.4

Titivillus 30.06.16

Título original: *The mystery of the screaming clock*
Robert Arthur, 1968
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane. Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Prometheus (1.1)
ePub base r1.2



Presentación de Alfred Hitchcock

Recibe mis más cordiales saludos. Considero un placer que te unas a mí en esta aventura del notable trío, fundador de la razón social «Los Tres Investigadores». Esta vez nos ofrecen un tema extraordinario: un reloj escandaloso, con su enrevesada maraña de pistas, misterios y alborozo.

Doy por descontado tu conocimiento de la personalidad de los Tres Investigadores, Júpiter Jones, Bob Andrews y Pete Crenshaw, nacidos en Rocky Beach, California, pequeña comunidad junto al océano Pacífico, cercana a Hollywood. No obstante, si es la primera vez que lees una de sus aventuras, te diré que han instalado su «Puesto de Mando» en un remolque, inteligentemente oculto en el Patio Salvaje de los Jones, fabulosa chatarrería propiedad de los tíos de Júpiter, donde el trío suda lo suyo a fin de ganar unas monedas para sus gastos.

¡Y basta de presentaciones! ¡Adelante, joven lector!: ¡El reloj está a punto de chillar!

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Chilla el reloj

Y el reloj chilló, cual ser aterrorizado.

Fue el grito despavorido de una mujer, que empezó apenas audible y creció hasta ensordecer a Júpiter. Éste sintió un escalofrío estremecedor en su columna vertebral cuando, paralizado, escuchó el más aterrador grito nunca imaginado.

No obstante, sólo se trataba de un viejo despertador, cuyo funcionamiento quiso comprobar Júpiter. Empero, su primer descubrimiento fue el espeluznante grito.

El muchacho tiró del cordón eléctrico y lo desenchufó. El chillido murió en el acto, y un suspiro de alivio salió de sus labios juveniles. Que el reloj chillase como una mujer era algo inaudito.

Carreras precipitadas resonaron en el Patio Salvaje, cuando Bob Andrews y Pete Crenshaw acudieron alarmados junto a su amigo y jefe. Ambos patinaron al detenerse.

—¡Repámpanos! ¿Qué fue eso? —inquirió Bob.

—¿Estás herido, Jupe? —se interesó Pete.

Júpiter movió negativamente la cabeza.

—Escuchad —respondió—. Vais a oír algo imposible de imaginar.

Enchufó el reloj, y de nuevo el espeluznante grito se alzó vibrante en el silencio de los tres. Luego, instantáneamente, el grito dejó de escucharse.

—¡Tomate! —exclamó Pete—. Un reloj que chilla, y lo calificas sólo de «algo imposible de imaginar».

—Me pregunto cómo lo definirías si le brotaran alas y se pusiera a volar —se rió Bob—. Quizás entonces dirías que es «totalmente

inimaginable». Para mí, un reloj chillón es la cosa más extraordinaria y nunca vista.

Júpiter ignoró su sarcasmo, mientras daba vueltas al despertador en sus manos, examinándolo. Luego, en tono satisfecho, exclamó:

—¡Ah!

—¿Ah, qué? —exigió Pete.

—La palanca del timbre está en posición de «marcha». Veamos qué sucede con ella en posición de «paro».

Al conectarlo a la corriente, el reloj produjo un sonido suave.

—Hagamos otra comprobación —propuso Júpiter.

De nuevo colocó la palanca en el punto de «marcha» y, al instante, se oyeron los chillidos. El primer investigador se apresuró a pararlo.

—Bien —dijo—. Hemos resuelto la primera parte del misterio. El reloj emite chillidos en vez de tocar el timbre.

—¿A qué misterio te refieres? —inquirió Pete—. ¿De qué misterio hemos resuelto la primera parte?

—Jupe quiere decir que, un reloj chillón, siempre es un misterio —aclaró Bob—. Y ahora sabe por qué lo hace.

—«Por qué» no —corrigió Júpiter—. Sólo «cuándo». El reloj chilla cuando está puesta la alarma. El «por qué» lo hace aún sigue siendo un misterio. Sin duda resultará interesantísimo investigarlo.

—¿Qué insinúas con eso de investigar? —preguntó Pete—. ¿Cómo vas a investigar un reloj? ¿Piensas formularle preguntas? ¿O tal vez te decidas por someterlo al tercer grado?

—Un despertador que chilla en vez de tocar un timbre, siempre será un misterio. Y el lema de los Tres Investigadores es…

—¡Investigamos todo! —contestaron a dúo sus camaradas.

—Correcto —siguió Pete—. Aceptamos que es un misterio. Pero, sigo sin saber cómo vas a investigarlo.

—Intentaré averiguar por qué se adoptó el chillido y no el timbre clásico. Tiene que haber un motivo —repuso Júpiter—. De momento carecemos de otro misterio para investigar; por lo tanto, propongo darnos de lleno a la tarea de esclarecer las causas determinantes de tan original sistema.

—¡Oh, no! —gimió Pete—. Un día u otro habremos de poner punto final a nuestras actividades.

Bob pareció interesarse.

—¿Cómo empezarías, Jupe?

Éste sacó de un cajón del banco de trabajo un destornillador. Precisamente se hallaban en el taller que Jupe se había instalado en el Patio Salvaje, propiedad de sus tíos Titus y Mathilda. Allí, al resguardo de extrañas curiosidades tan propias de los adultos, detrás de grandes montones de chatarra, podían trabajar sin ser molestados.

A un lado se alzaba una imponente montaña de material diverso: vigas de acero, maderos, rejillas; hábilmente dispuesto para ocultar el remolque convertido en Puesto de Mando de los Tres Investigadores. A este remolque podían llegar a través de ciertas entradas secretas impracticables para los mayores. Empero, en aquel momento, estaban reunidos en el taller.

Con el destornillador empezó a desmontar la parte trasera del reloj, deslizándola por el cable eléctrico, para así examinar su interior. Una vez más, exclamó:

—¡Ah!

El extremo de la herramienta señaló algo aparentemente añadido al mecanismo usual: un disco casi tan grande como un dólar de plata, pero más grueso.

—Aquí tenemos la pieza que emite el chillido —dijo—. Alguien muy ducho en mecánica, lo ha instalado en lugar del timbre.

—¿Cuál es la razón? —inquirió Bob.

—Ése es el misterio. Si queremos averiguarlo, primero hemos de saber quién hizo el trabajo.

—Ignoro cómo podremos actuar para conseguirlo —rezongó Pete.

—No hables como investigador —respondió Júpiter—. Concéntrate, y luego dime qué harías para resolver el misterio.

—El primer paso sería averiguar la procedencia del reloj.

—Correcto. Pero ¿dónde y cómo?

—Bueno, el despertador vino al Patio Salvaje en calidad de chatarra. Luego es indudable que lo compró tío Titus. Quizá recuerde de dónde lo sacó.

—El señor Jones compra multitud de cosas —intervino Bob—. Y no recuerda la procedencia.

—Cierto —convino Júpiter—. Sin embargo, Pete tiene razón. Lo primero es preguntar a mi tío si sabe la procedencia del reloj. Me lo

dio hace media hora, en una caja llena de otras chatarras. Veamos qué son estas otras cosas.

Júpiter cogió una caja de cartón situada sobre su banco de trabajo, y sacó una lechuza disecada, prácticamente sin plumas. Debajo apareció un cepillo de ropa muy desgastado, una lámpara tipo cisne, un jarrón descascarillado, un par de botas y varios objetos más, casi todos defectuosos y sin apenas valor, cuando no totalmente inútiles.

—Esto parece una limpieza a fondo, practicada por alguien. Sin duda metió en la caja todo lo inservible y la tiró. Luego algún trapero la recogería, vendiéndosela a tío Titus, amigo de comprar lo que sea, si le conviene el precio. En realidad, lo hace con la mente puesta en nuestra habilidad para arreglar cuanto llega a nuestras manos, que después vende a precio muy rentable.

—Yo no daría ni un dólar por esa basura —comentó Pete—. Bueno, salvo por el reloj, que parece ser de calidad, pese a su chillido, sustituto del timbre. Imaginaos un despertar con semejante grito de horror en los oídos.

—¡Hum! —Júpiter se hallaba pensativo—. ¿Y si el propósito fuera asustar a una persona, hasta el extremo de provocar su muerte? Para ello basta con dejar este despertador en la alcoba en sustitución del normal. No dudo que a la mañana siguiente, cuando sonase, el afectado sufriría un mortal ataque de corazón. ¿No lo consideráis un fantástico plan criminal?

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¿Crees en esa posibilidad?

—No afirmo, ni desmiento —repuso Júpiter—. Más bien expongo una posibilidad. Vayamos a preguntar a tío Titus si sabe de dónde lo trajo.

Los Tres Investigadores abandonaron el taller para dirigirse a una pequeña edificación que servía de oficina. Hans y Konrad, ayudantes bávaros, se hallaban entregados a la tarea de clasificar material de construcción. Titus Jones, hombrecillo de enorme bigote y ojos vivaces, inspeccionaba una partida de muebles usados.

—¡Hola, chicos! —saludó el chatarrista al verlos llegar—. Cuando queráis ganaros unas monedas, decídmelo, pues tengo varios muebles para darles una mano de pintura.

—Pronto lo haremos, tío Titus —prometió Júpiter—. Empero ahora nos interesa este reloj, que estaba en la caja de cartón que me

diste. ¿Puedes decirme de dónde sacaste la caja?

—¡Hum! —Titus pensó profundamente—. Si mal no recuerdo, no pagué nada por ella. Se hallaba entre una partida de muebles. Sí, fue un trapero que recorre la parte alta de Hollywood. Recoge toda clase de utensilios inservibles a sus dueños, y luego vende lo que puede utilizarse. Mucha gente se desembaraza de cosas de valor.

—¿Sabes cómo se llama, tío Titus?

—Pues sí, conozco su nombre de pila. Se trata de Tom. No tardará mucho en traer otra carga. Preguntadle a él cuando llegue.

Un viejo camión cruzó las puertas exteriores del Patio Salvaje, conducíalo un hombre patilludo que vestía mono.

—Hablando del ruin de Roma, por las puertas asoma —exclamó tío Jones—. Buenos días, Tom.

—Buenos días, Titus. Traigo una partida de muebles. Son buenos de verdad; casi nuevos.

—Querrás decir que no son lo suficiente viejos para llamarlos inservibles —se rió Titus Jones—. Diez dólares por el lote, sin mirarlo.

—Acepto —gritó presuroso Tom—. ¿Los descargo aquí mismo?

—Detrás de la oficina. Pero antes Júpiter desea formularte algunas preguntas.

—¡Adelante! Dispara, chaval.

—Investigamos la procedencia de una caja de cartón llena de varias fruslerías que le ha comprado mi tío. En la caja había este reloj. Tal vez usted se acuerde.

—¿Un reloj? —se rió Tom—. Recojo una docena de ellos todas las semanas. La gente los tira. Eso hace difícil acordarse de la procedencia de un determinado reloj.

—La caja contenía también una lechuza disecada —intervino Bob—. Quizá recuerde la lechuza.

—¿Una lechuza? Eso sí que me suena… ¡Ah, sí! Recogí una caja con una lechuza. Desde luego, no suelo recoger muchas lechuzas disecadas. Sí, me acuerdo perfectamente. La hallé detrás de una casa… Concededme un minuto, y lo recordaré. Fue en…

Tom sacudió la cabeza.

—Lo siento, chico. Hace más de dos semanas que entró en mi garaje. Pero se me hace imposible recordar de dónde saqué esa caja y su contenido.

Capítulo 2

Júpiter descubre una pista

—Bueno, tenemos una investigación que se interrumpe incluso antes de iniciarse —observó Pete—. Dado que no podemos seguir la pista del reloj, no es posible averiguar… ¿qué haces, Jupe?

De nuevo en el taller, Júpiter revolvió la caja de cartón en busca de alguna novedad.

—No sería de extrañar el hallazgo de una dirección —contestó—. Y en tal caso sería de la casa en que la entregaron.

—Yo diría que procede de un colmado —sugirió Bob.

—Pudiera ser —admito Jupe—. No encuentro nada.

—Bien, como decía —continuó Pete—, ésta es una investigación… ¿Qué haces, Bob?

Éste recogió un trozo de papel rectangular que había ido a posarse debajo de la prensa.

—Cayó de la caja —aclaró Júpiter—. Lleva algo escrito.

—Quizá sea la lista de la compra —aventuró Pete.

En el papel había unas líneas escritas a mano, que Jupe leyó en voz alta:

Querido Rex:
Pídelo a Imogene.
Pídelo a Gerald.
Pídelo a Martha.
Luego actúa. El resultado, incluso te sorprenderá.

—¡Atiza! —exclamó Bob—. ¿Qué querrá decir esto?

—Pídelo a Gerald —gimió Pete—. Pídelo a Imogene. Pídelo a

Martha. ¿Quienes son esos tipos y qué se supone que hemos de pedirles? ¿Y, por qué?

—¿Y si todo eso fuera parte del misterio del reloj? —inquirió Júpiter.

—¿Por qué ha de serlo? —preguntó Bob—. Se trata de una simple hoja de papel que había en la caja. ¿Qué nos prueba su relación con el reloj?

—Tal vez la tenga —replicó Júpiter—. Observa el papel. Ha sido recortado con tijeras para reducirlo a un tamaño deseado, no mayor de cinco centímetros de ancho por diez de longitud. Mira el dorso, ¿qué ves?

—Goma seca —contestó Bob.

—Exacto. Este trozo de papel estuvo pegado en algún sitio. Veamos el reloj. En su base hay un espacio donde encaja a la perfección este papel. Y mi dedo advierte en la base del reloj algo rasposo, que no dudo en considerar goma de pegar seca. Eso me induce a sospechar que el papel estuvo pegado al fondo del reloj chillón, cayéndose cuando rozó la caja.

—¿Y cuál es la razón de que alguien pegase un mensaje idiota en la base del reloj? —dijo Pete—. Carece de sentido.

—Un misterio dejaría de ser misterio si no fuera misterioso —sentenció Júpiter.

—Acepto tu máxima, jefe —respondió Pete—. Bien, ya hemos doblado el misterio, y estamos de regreso en el punto de partida, sin haber localizado la procedencia del reloj…

—¿Qué haces, Jupe?

—Rasco la goma seca del fondo del reloj. Observo que hay un grabado demasiado pequeño para leerlo y, además, el engrudo tapa las letras. Será mejor examinarlo con una lupa en el puesto de mando.

El primer investigador apartó la rejilla apoyada a la prensa, y dejó al descubierto un gran tubo ondulado. Entraron por él uno tras otro, arrastrándose por los casi diez metros de túnel alfombrado con mantas viejas para no lastimarse las rodillas. Aquél era el «Túnel Dos», entrada secreta al remolque transformado en puesto de mando.

Júpiter empujó hacia arriba una trampilla, y pasaron al interior del puesto de mando, últimamente dotado de archivador, máquina

de escribir, magnetófono y teléfono. Jupe encendió la luz y sacó una gran lupa del cajón del escritorio. Estudió la base del despertador eléctrico, asintió y lo mostró a Bob.

Éste observó a través de la lupa un grabado en la base metálica del reloj; un nombre en letras muy pequeñas: A. Félix.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Esperó aclarártelo dentro de un minuto —se volvió a Pete—. Entrégame el listín telefónico. Sección de industrias.

Segundos después miraba los anuncios insertos por orden alfabético, página por página. Al fin exclamó triunfante:

—¡Mirad!

En la sección «Relojeros» halló lo siguiente:

A. Félix. Relojero.
Especialista en trabajos de adaptación.

A continuación se hallaba la dirección de Hollywood y un número de teléfono.

—Los relojeros —informó Júpiter—, suelen grabar un número clave cuando reparan un reloj. Así saben si fueron ellos quienes lo arreglaron antes, en caso de nuevo ingreso en su taller. Algunos, incluso graban su nombre, si se sienten orgullosos de su trabajo. Bien, ya hemos averiguado quién transformó en chillón este reloj. Ahora, podemos afirmar que hemos dado el primer paso de nuestra investigación. El próximo será preguntar al señor Félix quién le encargó el trabajo.

Capítulo 3

Sobre la pista

La relojería de A. Félix se hallaba en un estrecho local ubicado en una callejuela limítrofe a la avenida Hollywood, principal arteria de la ciudad del mismo nombre.

—Deténgase aquí, Worthington —ordenó Júpiter, al chófer inglés, que los había traído desde Rocky Beach.

Tiempo atrás Júpiter ganó un concurso de la agencia de turismos Rent'n-Ride, cuyo premio consistió en el disfrute de los servicios de un «Rolls-Royce» antiguo, dotado de conductor. Y si bien el período de ese disfrute había ya periclitado, los Tres Investigadores, que temieron por el porvenir de su empresa, debido a las insalvables dificultades que entrañan los desplazamientos en la inmensa California del Sur, se vieron favorecidos por la generosidad de Augusto Agosto —joven a quien facilitaron el hallazgo de una valiosa herencia—, que sufragó los gastos del fabuloso coche y su aristocrático chófer, mientras desearan utilizarlo.

—De acuerdo, *master* Júpiter —respondió el inglés.

Los tres amigos descendieron del vehículo y se encaminaron al polvoriento y estrecho escaparate de la relojería de A. Félix, repleto de relojes grandes y pequeños, nuevos y antiguos, sencillos y lujosamente decorados con pájaros y flores. Mientras miraban, la puertecilla de un alto reloj de madera se abrió, y un trompetero en miniatura alzó su instrumento y emitió las notas correspondientes a la hora que se cumplía.

—Eso me gusta —observó Pete—. Prefiero la trompeta a los chillidos.

—Entremos y veamos si el señor Félix puede contarnos algo —

propuso Júpiter.

En el interior de la tienda sintiéronse cohibidos ante un sonoro zumbido de millones de abejas, que no tardaron en identificar como el sonido de muchos relojes, quizá cien o más, todos en marcha.

Un hombre bajito con un delantal de piel se acercó a ellos, por un pasillo repleto de relojes. Tenía espesas cejas blancas y destellantes ojos negros.

—¿Buscáis algo especial en relojería? —preguntó el señor Félix —. ¿O habéis venido a traerme un reloj descompuesto?

—No, señor —contestó Júpiter—. Nuestro deseo es consultarle sobre este despertador —sacó de un bolso el artefacto chillón.

El señor Félix lo estudió un momento.

—Un despertador eléctrico bastante viejo, y de escaso valor. Ni siquiera merece la pena arreglarlo.

—No necesita arreglo, señor —manifestó Júpiter—. Enchúfelo, si no le importa.

El hombrecillo se encogió de hombros, y lo hizo.



—Ahora dé la alarma, señor.

Al instante, el terrible chillido inundó la tienda. El señor Félix paró el resorte y el chillido se transformó en un mero susurro. Luego examinó el reloj, y se sonrió.

—Recuerdo este despertador. Fue un encargo para gastar bromas, si bien he realizado otros de no menos categoría.

—Luego, ¿fue usted quien adaptó ese mecanismo chillón? —preguntó Pete.

—Sí, es obra mía. Ingenioso mecanismo, ¿no os parece? Temo no poder informaros para quién lo hice. Todos los trabajos son confidenciales.

—Lo comprendo, señor —aceptó Júpiter—. No obstante le diré que lo hallamos entre basura, donde quizá fue a parar debido a un fortuito descuido. Sin duda, le pagaron una elevada cantidad por ese trabajo. No creo que el dueño lo tirase adrede. Nos gustaría devolverlo.

—Por supuesto —convino el señor Félix, pensativo.

—Esperamos que haya alguna recompensa —intervino Bob.

El señor Félix asintió.

—Sin duda. Yo también opino que lo tiraron sin advertirlo. El reloj funciona bien. En tal caso, debo daros todos los informes que me sea posible. El nombre del cliente es Reloj.

—¿Reloj? —Bob y Pete lo repitieron sorprendidos.

—Dijo llamarse A. Reloj. Naturalmente, siempre lo consideré una broma. Pero me traía muy a menudo relojes para arreglar.

—Estoy de acuerdo en que no es su verdadero nombre —afirmó Júpiter—. Pero si le facilitó la dirección, eso no importa. Podríamos visitarle igualmente.

—Sólo me dio el número de su teléfono. No obstante, podéis llamarlo.

Se agachó detrás de un mostrador y sacó un gran libro registro. Giró unas páginas y se detuvo.

—A. Reloj —leyó—. Número de teléfono…

Bob, encargado del archivo y registro del grupo, lo anotó en una libreta.

—¿Puede decirnos algo más, señor? —preguntó Júpiter.

Éste denegó con la cabeza.

—Eso es todo. Quizás haya hablado demasiado. Ahora

excusadme; tengo trabajo pendiente. El tiempo es oro, jóvenes caballeros, y debe aprovecharse bien. Adiós.

Cuando el hombre se hubo retirado. Júpiter comentó:

—Bien, algo hemos progresado. Llamaremos a ese número, desde la cabina telefónica situada en la esquina.

Los tres muchachos se apretujaron en el interior de la cabina, y mientras el primer investigador introducía una moneda en el aparato contador del teléfono, Pete inquirió:

—¿Qué dirás?

Júpiter no contestó, pues acababa de marcar el número y ya respondía una voz femenina.

—Buenas tardes —el jefe del grupo habló de modo que su voz pareciera la de un adulto, cualidad innata en él, y que a menudo utilizaba—. Aquí la compañía telefónica. Tenemos problemas debido a cruzamientos de circuitos.

—¿Cruzamientos de circuitos? No entiendo —repuso la mujer.

—Hemos recibido quejas de interferencias en la sección del número de usted —siguió Júpiter—. ¿Quiere darme su dirección, por favor? Nos ayudará a comprobar los circuitos.

—¿Mi dirección? Bueno, es calle Franklin, 309. Pero no comprendo…

Fue interrumpida por un grito; el grito profundo de un hombre terriblemente asustado. Los chicos hubieran saltado de no hallarse apretujados en la cabina telefónica.

La línea quedó muerta.

Capítulo 4

Otro reloj chillón

—Éste debe ser el bloque, Worthington —anunció Júpiter—. Conduzca lentamente, y buscaremos el número.

—Sí, *master* Jones —respondió el chófer.

El «Rolls-Royce» avanzó sin prisa por la calle Franklin, ubicada en la parte más vieja de la ciudad.

—¡Aquí es! —gritó Pete.

El «Rolls» se detuvo junto a la acera. Los muchachos saltaron fuera y examinaron con interés la casa, aparentemente abandonada y con las persianas corridas. Los chicos ascendieron los dos peldaños frente a la puerta delantera. Júpiter pulsó el timbre.

Durante largo rato, nada sucedió. Al fin la puerta chirrió al ser abierta. Una mujer, no muy mayor, pero de aspecto cansado e infeliz, apareció en el umbral.

—Disculpe —rogó Júpiter—. ¿Podemos hablar con el señor Reloj?

—¿El señor Reloj? —La mujer pareció aturdida—. Aquí nadie se llama así.

—Quizá no sea su nombre verdadero. No obstante, se trata de alguien interesado en relojes. Y vive aquí, por lo menos vivía.

—¿Interesado en relojes? Tal vez te refieras al señor Hadley. Pero el señor Hadley está…

—¡No digas nada! —interrumpió un chico de pelo negro de unos diecisiete años, que se plantó delante de la mujer. Éste miró ceñudo a los Tres Investigadores—. Ni les hables, mamá. Cierra la puerta. No tienen derecho a formular preguntas.

—Vaya, Harry —regañó ella—. Eso no es correcto. Los

muchachos son bien educados y buscan al señor Hadley; al menos, eso creo.

—¿Fue el señor Hadley quien chilló hace unos minutos? —preguntó inesperadamente Júpiter.

El chico los miró retador.

—¡Sí, lo era! Fue su grito de muerte. Ahora será mejor que os larguéis, pues tenemos que enterrar al señor Hadley.

Y, acto seguido, cerró la puerta.

—¿Oísteis eso? —exclamó Pete—. Han matado a alguien y ahora lo van a sepultar.

—¿No será conveniente avisar a la policía? —preguntó Bob.

—Aún no —respondió Júpiter—. Necesitamos más pruebas, y para ello hace falta entrar en la casa.

—¿Piensas en allanarla? —se interesó Bob.

El jefe sacudió la cabeza.

—No. Hemos de conseguir que esta gente nos deje entrar. Harry nos mira por la mirilla de la puerta. Volveré a llamar.

Presionó con fuerza el timbre. La puerta se abrió de nuevo.

—¡Dije que os largarais! —gritó Harry—. No queremos que nadie nos moleste.

—Nosotros tampoco lo pretendemos —contestó Júpiter—. Investigamos un misterio y necesitamos de tu ayuda. Mira, ésta es nuestra tarjeta de negocios.

Sacó una de las tarjetas que los tres llevaban siempre consigo. Decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—¿Qué significan los interrogantes? —se burló Harry—. ¿Significan acaso ignorancia en cuanto a lo que hacéis?

—Significan misterios sin solucionar, acertijos sin respuesta y problemas de toda índole —repuso Júpiter—. Nuestro lema es claro: «Investigamos todo». En este preciso momento investigamos un reloj muy extraño. Aquí lo tienes.

Sacó el despertador y lo entregó a Harry. La curiosidad hizo que el chico lo examinara.

—¿Qué tiene de misterioso? —se interesó Harry.

—Te lo demostraremos si nos dejas enchufarlo a la corriente.

Júpiter avanzó seguro de que Harry le dejaría pasar. Éste se hizo a un lado, y ellos penetraron en un vestíbulo oscuro y estrecho, con escaleras a un lado que subían a una segunda planta. En el otro lado, un enorme reloj de pie desgranaba su monótono tictac, tictac. Junto al reloj había una mesa y un teléfono.

Bob y Pete buscaron el cuerpo del misterioso señor Hadley, que no vieron. Júpiter localizó un enchufe.

—Conectaré el reloj y moveré la palanca de alarma. ¡Escucha!

El reloj volvió a chillar. Su quejumbroso grito en el oscuro recibidor puso la carne de gallina a Pete y Bob.

—¿Lo ves? —preguntó Júpiter, desenchufando—. ¿No te parece que se trata de un misterioso reloj, digno de ser investigado?

—No —contestó Harry—. Cualquiera puede hacer chillar un reloj. Escucha.

Buscó detrás del viejo reloj adosado a la pared y sacó un cordón eléctrico, que enchufó. La voz profunda de un hombre se alzó en un grito, para disminuir hasta extinguirse como si se cayera desde un alto arrecife. Los tres muchachos notaron que sus pelos se erizaban. Debió de ser el reloj de pared lo que ellos percibieron por teléfono, un rato antes.

La mujer llegó presurosa de una habitación posterior.

—¡Harry! ¿Qué barbaridad… qué…? —Vio a los Tres Investigadores—. ¡Oh! ¿Los dejaste pasar? ¿Por qué lo hiciste, Harry?

—Tienen un reloj chillón. Es pequeño. Nunca lo vi antes, pero sin duda anteriormente perteneció al señor Hadley.

Cogió el reloj de encima de la mesa y lo entregó a su madre. Ella movió negativamente la cabeza.

—No, no recuerdo haberlo visto. ¿Seguro que perteneció al señor Hadley?

—Seguro, mamá. Nadie más tendría un reloj chillón.

—No, claro… Pero ¿de dónde lo sacaron estos chicos?

—No lo sé —Harry aún se mostraba enojado, aunque más amistoso—. Dicen ser investigadores. Al ver que traían un reloj del señor Hadley, quise enterarme de sus propósitos.

Harry abrió una puerta e invitó a los muchachos a pasar al interior de una espaciosa biblioteca. De una pared colgaban pinturas al óleo, que se reflejaban en un gran espejo situado en el lado opuesto, haciendo parecer más grande la habitación. Los estantes desde el suelo hasta el techo, contenían cientos de libros.

Pero lo que más llamó la atención de ellos, fueron los relojes. Había una docena o más, algunos de pared, como el de la entrada, y otros de sobremesa. Todos parecían antiguos y valiosos. Sin duda funcionaban movidos por la corriente eléctrica, pues no hacían tictac sino que zumbaban.

—¿Veis todos esos relojes? —preguntó Harry—. Os diré una cosa: todos gritan.

Capítulo 5

El salón de los relojes

La habitación se convirtió en un coro de chillidos.

Primero fue un lamento agudo de niño asustado. Luego el resoplido de un hombre rabiosamente enfurecido, y, a continuación, el rugido salvaje de un animal. De todas partes se alzaban lamentos, gritos, chillidos, resoplidos y rugidos, que juntos se convirtieron en el más terrorífico de los sonidos jamás escuchados por los Tres Investigadores. Éstos sentáronse uno al lado del otro, en un diván, sintiendo helados escalofríos en sus espaldas.

Harry situóse junto a una mesa, donde manipuló un juego de interruptores que hizo chillar toda la habitación. Los Tres Investigadores comprendieron que todos los relojes de la sala estaban equipados con ingenios escandalosos, probablemente similares al instalado en el despertador. Harry los hacía gritar uno a uno, o todos a la vez, según su antojo.

El muchacho sonreía de gozo del estupor despertado en ellos, y, finalmente, cerró los interruptores, y la habitación recuperó su normal silencio.

—Apuesto a que nunca habéis oído nada parecido. ¿Comprendéis ahora por qué vuestro reloj nada significa para mí? Estoy habituado a los relojes chillones.

—¿Está a prueba de ruidos esta biblioteca? —preguntó Júpiter—. En otro caso, los vecinos llamarán a la policía.

—Por supuesto que lo está —dijo Harry enfático—. Ésta es la sala de los gritos del señor Hadley. Solía sentarse aquí por las noches para hacer gritar todos los relojes. Me enseñó cómo hacerlo antes que él… bueno, me enseñó.

—¿Qué le ha sucedido al señor Hadley? —preguntó Júpiter.

—Nada, nada le ha sucedido. ¿Por qué había de sucederle?

—Empezaste a decir «antes de que él…» y se interrumpiste. Pensé que ibas a informarnos de algún suceso.

—Se marchó, eso es todo. ¿Y a ti qué te importa eso?

—Vinimos a esclarecer el secreto del reloj chillón —comentó Júpiter—, y nos encontramos con una habitación llena de relojes chillones. Sin duda el misterio se ha multiplicado. ¿Qué interés tiene para nadie relojes imitadores de chillidos humanos o de animales? La verdad, para mí carece de sentido.

—Estoy de acuerdo contigo —intervino Pete—. Resulta inexplicable.

—Ésa era la afición del señor Hadley —respondió Harry—. Y las aficiones no están sujetas a reglas de comprensión. Él quiso algo fuera de lo común, coleccionó relojes chillones. ¿Cuál es tu afición? —preguntó Jupe.

—Resolver misterios —contestó Jupe—. Como éste.

—Aquí no hay ningún misterio.

—Conforme, tal vez no hay misterio, empero algo te preocupa. Actúas como si odiases a alguien. ¿Por qué no me lo cuentas? Quizá pueda ayudarte.

—¿Cómo podrías ayudarme? —se exaltó Harry—. Nada me preocupa, excepto vosotros. Me molestáis. Ahora marchaos y dejadme tranquilo.

Corrió a la puerta y la abrió.

—¡Se sale por aquí! Y no regreséis, porque… ¡oh!

Se interrumpió al abrirse la puerta de la calle y entrar un hombre voluminoso, no muy alto, pero sí ancho de hombros que observó a Harry, y, luego, a los Tres Investigadores. Preguntó:

—¿Qué sucede, Harry? ¿Has traído amigos a la casa para jugar, hacer mucho ruido y alterarme? Sabes que necesito silencio absoluto.

—No hacemos ruido, señor Jeeters —respondió—. De todos modos, la biblioteca está a prueba de ruidos.

El corpulento hombre miró largamente a Bob, Pete y Jupe, como si tratase de grabar en su mente el aspecto de cada uno.

—Tendré que hablar con tu madre.

El hombre se fue arriba.

—¿Hay algo de malo en que recibas a un grupo de amigos? —preguntó Bob—. Es tu casa, ¿verdad?

—No, es del señor Hadley. Mi madre es el ama de llaves. Vivimos aquí desde que el señor Hadley se marchó, y alquilamos el piso de arriba al señor Jeeters porque necesitamos dinero para sufragar los gastos de la casa. Y bien, será mejor que os marchéis ahora. Ya habéis causado bastantes molestias.

—Conforme —accedió Júpiter—. Pete, Bob, Vámonos. Gracias por enseñarnos los relojes chillones, Harry.

Júpiter recogió el despertador de la mesilla del teléfono, lo guardó en el bolso, y, seguido de sus amigos, se reunió con Worthington.

—Bueno, la investigación sigue en el mismo punto —gruñó Pete, subiéndose al coche—. Un hombre puede coleccionar relojes chillones, si eso le gusta. Ahí se acaba todo el misterio Jupe.

—Eso imagino —convino éste, que dijo al chófer—: Puesto que nos hallamos en Hollywood, nos detendremos en los «World Studios» y preguntaremos si el señor Hitchcock puede recibirnos. Quizá le interese nuestro reloj.

—De acuerdo, *master* Júpiter. —Worthington puso en marcha el automóvil.

—Un minuto, Worthington —exclamó Bob.

Harry corría hacia ellos. Pete bajó el cristal de la ventanilla, y el muchacho se apoyó en ella, respirando con dificultad.

—Celebro haberos encontrado. He tomado una decisión. Sois investigadores y quizá podáis ayudarme. Mi padre está en la cárcel por algo que no hizo, y quiero vuestra colaboración para demostrar su inocencia.

Capítulo 6

Más misterio

—Entra en el coche, Harry, y cuéntanoslo —invitó Júpiter—. Así sabremos qué ayuda necesitas.

Harry se apretujó entre ellos. Su historia no era muy larga. Tres años atrás, él y sus padres vinieron a vivir a la casa del señor Hadley. A cambio de unas habitaciones y de un pequeño salario, la madre hacía de ama de llaves del señor Hadley, que era soltero. El padre, agente de seguros, trataba de hacerse una buena cartera de clientes.

Al principio, todo fue bien; pero hacía seis meses robaron en el domicilio de un comerciante de Beverly Hills, tres pinturas modernas muy valiosas. El ladrón cortó las telas, luego de penetrar por una ventana, o tal vez utilizando una llave duplicada de la puerta principal.

La policía supo que Ralph Smith, padre de Harry, había visitado la casa hacía un par de semanas, para ofrecer al propietario un seguro de vida. Y, desde luego, llegó a ver los cuadros, pero al no ser un entendido en arte, ignoraba su valor.

Sólo porque estuvo en la casa, la policía buscó en la habitación de los Smith, y bajo el linóleo de la cocina encontró las pinturas robadas. Eso determinó el arresto del padre de Harry, que en el juicio fue hallado culpable y sentenciado a cinco años de prisión, hacía tres meses. El señor Smith se declaró inocente hasta el último momento, y sostuvo que ignoraba cómo los cuadros pudieron ser escondidos allí. Pero el jurado lo halló culpable.

—¡Y no lo hizo! —Acabó Harry—. Mi padre no es un delincuente. Mamá y yo lo sabríamos. Ahora la policía sospecha que

fue él quien ha robado objetos de arte en la ciudad durante los últimos diez años, sólo porque es un agente de seguros que regresa tarde a casa luego de visitar a sus clientes. ¿Comprendéis por qué deseo contratar vuestros servicios? No es mucho lo que podré pagaros, pues mis ahorros suman quince dólares, pero son vuestros, si hacéis algo que ayude a mi padre.

Júpiter parpadeó, sorprendido. Bob y Pete se quedaron perplejos. Ellos sabían que la policía había de estar muy segura para mandar a alguien a la cárcel.

—Es un caso dificilísimo, Harry —contestó al fin Júpiter—. Son pocas las posibilidades de éxito.

—Si fuese fácil no necesitaría ayuda —se acaloró Harry—. Lleváis tarjeta encima proclamando que sois investigadores. Pues bien, ¡probadlo! ¡Investigad!

Júpiter se pellizcó el labio inferior, hábito que le estimulaba las ideas.

—De acuerdo, Harry —aceptó—. Pero si tu padre no robó las pinturas, ¿cómo aparecieron bajo el linóleo de vuestra cocina?

—Lo ignoro —respondió apenado el muchacho—. El señor Hadley recibía a mucha gente. Pudo ser una de estas personas o alguien, que resentido con papá por algo, penetrase en la casa durante la noche y ocultase las telas donde fueron halladas.

—¿Cerráis la puerta con llave? —preguntó Bob.

—Desde luego, si bien es una casa vieja y la cerradura también. Es fácil abrirla. Eso nunca nos preocupó, al carecer de cosas de valor capaces de atraer a los amigos de lo ajeno.

—¡Hum! —Júpiter se pellizcaba el labio inferior—. Las pinturas fueron deslizadas debajo del linóleo de la cocina, primer lugar a mano de cualquiera que penetre por la puerta de atrás. Pudieron ocultarlas allí, sin necesidad de entrar en la casa.

—Excelente conclusión, Jupe —alabó Pete—. Apostaría que sucedió así.

—¿Y si fue el señor Hadley quien las robó y las ocultó allí? —intervino Bob.

—¿Sospechó la policía del señor Hadley? —preguntó Júpiter.

Harry sacudió negativamente la cabeza.

—El señor Hadley no haría una cosa así. Somos de su agrado. Además, se hallaba en casa la noche en que fueron robados los

cuadros.

—Sin duda tuvo su coartada —admitió Júpiter—. No obstante, hemos de admitir que todo ello resulta demasiado insólito.

—¿Qué es insólito? —preguntó Bob.

—Empezamos a investigar un curioso reloj chillón, y averiguamos que perteneció a un hombre amigo de coleccionar relojes chillones. A través de esta investigación nos enteramos del robo de unas pinturas valiosas, con la particularidad de que el padre de Harry ha sido declarado culpable del robo. Lo insólito estriba en que un misterio nos ha conducido a otro, con posibilidad de que haya relación entre ambos.

—¿Cómo podría haberla? —preguntó Pete.

—No tengo la menor idea —admitió Júpiter—. Pese a todo, Harry, me gustaría oírte cuanto sepas del señor Hadley. Bob, anota.

Pero Harry sabía muy poco. El señor Hadley, bajo, regordete y jovial, parecía disponer de suficiente dinero, que los Smith suponían heredó varios años antes. Por los amigos que le visitaban, Harry y sus padres dedujeron que el señor Hadley había sido actor. Muchos de ellos parecían gente de teatro. No obstante, el señor Hadley nunca hablaba de su pasado.

El hombre declaró en el juicio que el señor Smith, a su entender, era inocente, y pareció muy abatido cuando lo condenaron. Finalizado el juicio, anunció su propósito de irse al extranjero por motivos de salud, y rogó a la señora Smith cuidase la casa mientras él estuviera ausente.

El señor Hadley se marchó llevándose dos maletas, y no habían recibido desde entonces noticias suyas. Varios amigos acudieron a visitarlo, pero luego dejaron de hacerlo. Cuando se agotó el dinero entregado por el señor Hadley, apareció el señor Jeeters, dispuesto a alquilar unas habitaciones. La señora Smith le alquiló el piso superior. El hombre exigía silencio y aislamiento.

—Y eso es todo —dijo Harry—. Por supuesto que no es mucho, y me temo que resulte insuficiente para ayudar a mi padre. Excusadme por haber sido desagradable antes. Cuando telefoneasteis hice chillar el viejo reloj, a fin de que mi madre dejara de hablar con vosotros. Pensé que erais periodistas o algo parecido. Es simplemente… bueno… me siento tan… tan incómodo.

—Lo comprendemos —asintió Júpiter—. Estudiaremos el caso.

Ya te informaremos de las ideas que se nos ocurran.

Se despidieron de Harry, que descendió del coche. Worthington preguntó:

—¿Dónde, *master* Júpiter? ¿A casa?

Éste denegó.

—Mi primera intención era visitar a Alfred Hitchcock. Si el señor Hadley fue actor, tal vez lo conozca. Llévenos a «World Studios».

—Sí, *master* Júpiter.

Worthington aceleró la marcha, y minutos después se detenía junto a la verja del «World Studios», que ocupaban todo un bloque, detrás de altos muros. El portero habló por teléfono, supo que el señor Hitchcock estaba en su oficina y que los recibiría. Al fin los tres chicos sentáronse frente al famoso director.

—Bien, muchachos. ¿Qué os trae por aquí? ¿Otra investigación?

—Sí, señor —respondió Júpiter—. Aunque la cosa está muy embrollada e ignoro su posible significado. Empezamos a investigar un reloj chillón y…

—¡Reloj chillón! —interrumpió sorprendido Alfred Hitchcock—. ¿Qué le sucede? Hace años que no oigo su nombre.

Capítulo 7

Roban el reloj

—¿Qué? —exclamó Júpiter—. ¿Supone eso que hay una persona llamada Reloj Chillón?

—Era su apodo. En realidad, su verdadero nombre es Albert Reloj, pero la gente lo llamaba «Reloj Chillón». Era un chillador.

—¿Un chillador? —preguntó Júpiter—. No estoy seguro de saber qué significa la palabra.

—Chillaba para ganarse la vida —se rió el señor Hitchcock—. Antes de que hubiese televisión, los programas radiofónicos de misterio eran muy populares. Hubo una época en que se daban treinta y cinco programas de misterio a la semana. En la actualidad no se transmite ni uno. Vosotros sois demasiado jóvenes para recordarlo, pero aquellos programas resultaban muy excitantes.

»Casi en todos los casos había un chillador. Quizá vosotros creáis a cualquier actor capaz de chillar, y, desde luego, sucede así. Sin embargo, a la hora de conseguir un grito espeluznante o de angustia, el director contrata a un especialista. Y Albert Reloj era el mejor en su época de actor. Incluso yo lo utilicé en un par de películas.

»Para él no había dificultad en imitar el grito de un niño, de una mujer, de un hombre, e, incluso, el de varios tipos de animales. Sentíase orgulloso de ser el más experto en esta especialidad y, sin duda, nadie en el mundo le aventajaba. Pero los programas radiofónicos perdieron popularidad con el advenimiento de la televisión, y desde entonces apenas hubo trabajo para estos actores, Albert, o Bert Reloj, trabajó para mí en un par de películas hace años; luego desapareció, y no volví a saber nada de él. De ahí mi

sorpresa al oíros que tratáis de identificar su personalidad.

—En realidad nuestro interés ha sido casual —explicó Júpiter—. Empezamos a investigar la historia de un reloj.

Lo mostró al señor Hitchcock, que no ocultó su gran sorpresa.

—Un ingenio extraordinario —concedió admirado—. No dudo que sea obra de Bert Reloj. Después de todo, ¿qué otra persona tendría un reloj chillón, de no ser un hombre apodado «Reloj Chillón»? A él le parecería un chiste.

Júpiter le habló del salón de los relojes que habían visto y oído. Mencionó también al señor Hadley, y la condena del padre de Harry. El señor Hitchcock se quedó pensativo.

—Muy extraño —dijo al fin—. Sospecho que Hadley sea el mismo Albert Reloj. Éste era bajo y delgado, y Hadley, según vosotros, bajo y regordete. Sin embargo, ha podido engordar desde la última vez que lo vi. Ahora que recuerdo, supe que logró hacer fortuna después de la quiebra de su trabajo en la radio.

»No me cuesta ningún esfuerzo imaginármelo dueño de una colección de relojes dotados de gritos distintos, en los cuales fue maestro consumado. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo, con su pronta sonrisa dispuesta siempre para los amigos. Pero no entiendo su necesidad de cambiarse el nombre.

—¿Le interesaba el arte, señor Hitchcock? —preguntó Bob.

—Que yo sepa, no. Algunos actores son coleccionistas. En realidad, aquí, en Hollywood, hay gran cantidad de valiosas piezas de arte, propiedad de actores, productores y directores. Pero nunca supe que Albert Reloj estuviera interesado en eso.

—Gracias, señor —Júpiter se puso en pie, y los demás le imitaron—. Nos ha dicho varias cosas que luego trataremos de coordinar. Nos intriga saber si el señor Reloj es la misma persona que el señor Hadley. ¿Y cómo encaja en todo esto el arresto del padre de Harry? Si aclaramos algo, ya le informaremos.

Los chicos se despidieron, y Worthington los condujo al Patio Salvaje de los Jones, en Rocky Beach. El trío cruzó pensativo las altas verjas de hierro. Apenas llegados al interior del almacén de chatarras, un hombre oculto detrás de un montón de maderas se les aproximó.

—¡Chicos! Me recordáis, ¿verdad?

Se trataba del señor Jeeters, a quien vieran una hora antes en

casa de Harry Smith.

—El reloj que lleváis escondido en ese bolso, me pertenece.

Amparado en el factor sorpresa, se abalanzó hacia ellos, y arrancó el bolso de las manos de Júpiter.

—Ahora es mío, chicos. Lo tengo, y la posesión es nueve décimas partes de la razón ante la ley.

—¡No puede hacer eso! —gritó Pete.

Éste saltó como un rayo a las piernas del señor Jeeters. Sus compañeros no iban a consentir que luchara solo. Jupe trató de inmovilizar un brazo del hombre, y Bob de arrebatarle el bolso.



Pero el señor Jeeters era demasiado fuerte, y se sacudió a Bob y Júpiter como si fueran simples gorriones. Luego, sus poderosas manos hicieron presa en la cintura de Pete, que se vio apartado sin poderlo evitar.

—Intentadlo otra vez y sabréis lo que es recibir un buen sopapo —amenazó.

En aquel instante, Hans, uno de los fornidos empleados bávaros del Patio Salvaje, dejó caer su manaza sobre el hombro del señor Jeeters.

—Considero más acertado que devuelva a Jupe su bolso, amigo —invitó Hans.

—¡Grandullón! —gritó el hombre—. ¡Suélteme!

Su puño derecho salió disparado a la mandíbula del bávaro, que esquivó el zafio ataque.

Los hombres lucharon salvajemente, y el forastero perdió el bolso. Pete lo cogió y se retiró a una distancia prudencial. Entre gruñidos y resoplidos de fieras enloquecidas, ambos luchadores pugnaban por derribarse.

Empero la victoria había de ser para el excelente bávaro, que alzó en el aire el cuerpo de su enemigo, como si de un niño enojado, se tratase.

—¿Qué hago con él, Jupe? —preguntó calmoso—. ¿Lo aguanto así mientras llamas a la policía?

—¡No, no! —contestó Jupe.

Para la policía, el robo de un despertador sin valor carecería de importancia. Y en el mejor de los casos, se quedaría con él para presentarlo como prueba del delito. Y entonces más que nunca, Jupe deseó investigar el misterio que lo rodeaba.

—Limítate a soltarlo y que se vaya —rogó Júpiter—. Sólo me interesaba recuperar el reloj.

—Conforme —accedió de mala gana Hans, que dejó caer al hombre sobre el suelo.

Éste se puso en pie, y luego de sacudirse el polvo, gruñó:

—Vosotros ganáis, chicos. Pero vais a lamentarlo. Viviréis para maldecir la hora en que visteis ese reloj.

Y sin decir más, se marchó.

Capítulo 8

¿Quién es Rex?

—Se ruega silencio en la reunión —dijo Júpiter Jones, tamborileando sobre la mesa.

Los tres chicos se callaron. Se hallaban en el Puesto de Mando. Aquella tarde, la siguiente al descubrimiento del reloj chillón y al intento del señor Jeeters de apropiárselo, luego de dura jornada en el Patio Salvaje, conferenciaron para comprobar los progresos alcanzados.

Júpiter había telefoneado a Harry Smith. Éste hacía poco tiempo que había logrado su permiso de conducir, y acudió a la cita en el viejo turismo de su padre.

—Bob, tu informe —ordenó autoritario Júpiter.

Sin duda, Bob había sido el más atareado de todos, aquella mañana, pues acompañó a su padre, periodista de un importante diario, en su viaje a Los Ángeles. En el periódico, el padre lo presentó al encargado del archivo, conocido vulgarmente por la *morgue* en la jerga periodística.

En los archivos se guardaba todo lo publicado, ordenado según asuntos, y nombres de personas.

La tarea de Bob consistió en buscar los antecedentes del caso que llevara a la cárcel a Ralph Smith, noticias de Albert Reloj o Hadley, y de pinturas valiosas en general.

Bob regresó con un voluminoso bagaje de notas, que asustó a sus amigos, pero fue breve en su informe.

En realidad, apenas había novedades que ellos ignorasen acerca del juicio de Ralph Smith. La evidencia meramente circunstancial poseía la suficiente fuerza para lograr un veredicto de culpabilidad.

La policía había intentado que el señor Smith admitiera ser el ladrón de obras de arte que durante los últimos diez años había operado en Hollywood y Los Ángeles. El padre de Harry mantuvo firmemente su inocencia.

—Algunos robos fueron cometidos cuando aún vivíais en San Francisco, ¿verdad, Harry? —preguntó Bob.

—Desde luego. Nos trasladamos a Hollywood hace seis años. Eso demuestra que mi padre es inocente. En modo alguno se le puede relacionar con los primeros robos.

—Si la misma persona fuera la culpable, él no podría ser —afirmó Júpiter—. Háblanos de los robos ocurridos en esta ciudad, Bob.

Según su informe, se produjeron docenas de robos importantes de pinturas valiosas en los últimos diez años, aproximadamente uno por año. Y como bien dijo el señor Hitchcock, muchas personalidades del mundo cinematográfico coleccionan obras de arte, y tienen en sus casas pinturas valiosísimas. Naturalmente, éstas no se hallan tan bien guardadas y seguras como en los museos. Los ladrones penetraron por las ventanas, o descerrajaron puertas, cortaron los lienzos y desaparecieron sin dejar rastro.

—De acuerdo con el criterio de la policía, estas pinturas fueron vendidas a millonarios sudamericanos que las mantienen ocultas entre sus colecciones privadas, para su propio y secreto goce —explicó Bob—. Las pinturas valiosas son conocidas por todos los interesados en el mundo del arte, luego nadie puede adquirirlas legalmente. Éstas sólo las adquieren, quiénes disponen de medios para mantenerlas lejos de la curiosidad ajena.

—¿Y nunca se recuperó uno de esos cuadros? —preguntó Júpiter.

—Ninguno, excepto los tres hallados en casa de Harry —contestó Bob.

Éste siguió con su relato sobre el robo más importante acaecido dos años antes. Al parecer, habían sido prestadas un gran número de pinturas valiosas para una exposición de carácter extraordinario, y antes de abrir las puertas al público, los ladrones robaron cinco, valoradas en medio millón de dólares.

—Sin embargo, este robo no es ni con mucho el más importante —siguió Bob—. No hace mucho, reventaron el panel de una puerta

en un museo inglés, y robaron ocho valiosísimos cuadros, cuyo valor ascendía a unos ocho millones de dólares. Fueron recuperados, empero éste fue el robo del siglo, en cuanto a obras de arte se refiere.

—¡Sopla! —exclamó Pete—. Eso es mucho dinero.

—De eso no hay duda —convino Bob—. Sin embargo, no olvidéis las muchas obras de arte valiosísimas robadas en esta ciudad, sin que la policía haya logrado localizarlas. Ahora creen estar seguros de que el padre de Harry intervino en la mayoría de robos. La verdad es que nunca hubieran sospechado de él, si no llega a estar en la casa unos días antes, ofreciendo un seguro de vida. Así que…

—Un momento —intervino Harry, enojado—. Ya dije que mi padre no lo hizo. Si intentas afirmar que por el hecho de ofrecer seguros y entrar en las casas importantes…

—Cálmate, Harry —invitó Júpiter—. Ninguno de nosotros cree que tu padre lo hiciese. La cuestión de la presencia de los cuadros bajo el linóleo de tu cocina es otro misterio. Y, la verdad, hay muchos misterios. Por ejemplo, ¿quién robó las pinturas? ¿Cómo llegaron a la cocina? ¿Por qué el señor Hadley, o el señor Reloj, se va de viaje y desaparece? ¿De dónde vino el reloj, y qué significa?

Tocó el reloj, que se hallaba sobre la mesa.

—Este reloj por fuerza ha de significar algo —continuó—. Él señor Jeeters se mostró muy decidido y deseoso de quitárnoslo ayer. Luego, es evidente que tiene alguna importancia.

—Lamento haber hablado al señor Jeeters del reloj y de vosotros —se excusó Harry—. Después que os fuisteis empezó a atosigarme a preguntas… y, bueno, asustó a mi madre. Le dije que habíais ido a preguntar por uno de los relojes chillones del señor Hadley. Eso pareció descomponerlo. Me arrebató vuestra tarjeta de negocios y se alejó a toda prisa.

—Por fortuna, Hans llegó a tiempo de ayudarnos —recordó Júpiter—. Dime, Harry, ¿ha actuado de modo sospechoso el señor Jeeters, desde que está en vuestra casa?

—Desciende mucho a la planta baja de noche —informó Harry —. Dice ser escritor y padecer de insomnio. Una noche lo oí golpear las paredes, como si buscase algo.

—¡Hum! —Júpiter se pellizcó el labio inferior—. Tengo una

idea, si bien cabe la posibilidad de ser errónea. Bien, concentrémonos en el asunto. De hecho, no sabemos cómo vamos a resolver el enigma de los robos de pinturas, si la policía fue incapaz de lograrlo. Empero, nos queda el misterio del reloj, cuyo lugar de origen desconocemos. Resolvamos esto.

—¿Qué beneficio reportará eso a mi padre? —Se enfureció Harry—. Seguirá preso mientras vosotros investigáis la procedencia de un reloj viejo.

—Hemos de empezar por alguna parte —explicó Júpiter—. Hay demasiados misterios y, sin duda, el reloj es un eslabón de esa historia desconocida.

—Bien, de acuerdo —gruñó Harry—. Pero ¿cómo localizarás la procedencia del reloj, si fue arrojado a la basura en alguna parte ignorada?

—Tenemos un mensaje que hallamos adherido a su fondo —contestó Júpiter.

Abrió un cajón secreto del escritorio, donde guardaba los objetos de máximo interés, y sacó el papel encontrado junto al reloj. Leyó el mensaje:

Querido Rex:
Pídelo a Imogene.
Pídelo a Gerald.
Pídelo a Martha.
Luego actúa. El resultado, incluso te sorprenderá.

—Pero ¿quiénes son esos individuos? —intervino Pete—. ¿Cómo localizarlos y qué hemos de pedirles?

—Vayamos por turno —aconsejó Júpiter—. Sin duda, el mensaje fue escrito para Rex. Luego el reloj debió ser enviado al desconocido Rex. Bien. Localicemos a Rex.

—Explícate mejor, Jupe —rogó Bob.

—Seamos lógicos. Para mí, el tal Rex es amigo del señor Reloj, o Hadley, pero llamémosle señor Reloj desde ahora. Bien, ya hemos sentado una premisa: Rex es amigo del señor Reloj, puesto que lo tutea. Harry, ¿trajiste la libreta de direcciones del señor Reloj?

—No pude hallarla —respondió Harry, definitivamente interesado—. Pero sí encontré la lista de personas a quienes solía

felicitar por Navidad.

Sacó una hoja doblada de papel. Júpiter la alisó.

—Estupendo. Los amigos del señor Reloj recibían una tarjeta navideña. Aquí hay un centenar de nombres y direcciones mecanografiados. Busquemos a Rex.

—Veo un Imogene, dos Gerald y tres Martha —dijo Bob—. Pero ningún Rex.

—Tienes razón. No hay ningún Rex —convino Júpiter.

—¡Un momento! ¡Un momento! —exclamó Bob—. Mirad este nombre: Waiter Rey.

—¿Y qué pasa? —preguntó Pete.

—En latín, *rex* es rey —aclaró Bob—. Podría ser el diminutivo de un hombre llamado Rey de apellido.

—A mí me suena más a nombre de perro —gruñó Harry.

Júpiter escribió el nombre de Waiter Rey, y su dirección en una tarjeta.

—Deducción acertadísima, Bob. De momento carecemos de otra pista, así que no la despreciaremos. Ahora veamos qué sucede con Imogene, Gerald y Martha. Aquí hay una señorita Imogene Taylor, que vive en Hollywood. Dos Gerald, ambos cerca de Pasadena, y tres Martha, esparcidas por la ciudad. Bien, somos cuatro. Propongo formar dos equipos. Bob y Harry constituirán un equipo. Harry dispone de coche. Pete y yo telefonearemos al señor Gelbert de la agencia de automóviles y le pediremos un coche.

»Visitaremos a esas personas para averiguar lo que podamos, y regresaremos aquí, luego. Bob, tú te encargas del señor Rex y la señorita Imogene, que viven cerca el uno del otro, y Pete y yo nos cuidaremos de los restantes.

—¿Qué les preguntaré? —quiso saber Bob.

—Pregunta al señor Rey si el señor Reloj le mandó un despertador, y si vio el mensaje adherido al mismo. En caso afirmativo, ¿qué hizo con él? ¿Por qué lo tiró? Llévate el reloj y enséñaselo, si es que lo han olvidado.

—De acuerdo. Y a la señorita Imogene, ¿qué le digo?

—Bueno… pregúntale si el señor Reloj le envió algún mensaje. Quizá precise mostrarle el despertador para convencerla de que tú sí recibiste uno.

—¿Y si tú necesitas el reloj para mostrarlo a Gerald y Martha?

—Me llevaré otro que se parezca a éste. Espero no tener que enseñarlo. ¿Alguna otra duda? ¿No? De acuerdo. Bob y Harry, ya podéis marcharos. Pete y yo esperaremos a Worthington.

—Un momento —exclamó Pete—. Jupe, te olvidas de algo importante. No podemos irnos ahora.

Júpiter parpadeó.

—¿Por qué no?

—¡Es hora de comer!

Capítulo 9

Misterio sobre misterio

—No andaremos muy lejos —comentó Bob, mientras Harry conducía el viejo sedán de su padre por un bello barrio del norte de Hollywood—. ¡Ahí está el número del señor Rey! —gritó de repente.

Harry estacionó el coche.

—Debe ser caro vivir aquí —observó el muchacho, mientras avanzaban por el serpenteante sendero empedrado, hacia la casa.

Bob asintió, llevando en la mano el bolso con el reloj chillón. ¿Lograrían saber si realmente procedía de aquella casa cuyo timbre pulsaba?

Abrióse la puerta y apareció una mujer más bien mayor.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Si habéis venido a pedirme para los *boy scouts*, ya hice un donativo.

—No, señora —explicó Bob, cortés—. Quisiera hablar con el señor Rey, por favor.

—No puede ser. Está enfermo. Hace varios meses que está en el hospital.

—Lo siento, señora.

Si el señor Rey se hallaba internado en un hospital, no pudo tirar el reloj. Jupe no se iría sin formular otra pregunta.

—¿Es Rex el diminutivo del señor Rey, señora?

La mujer lo miró fijamente. Bob tenía aspecto respetable; de no haber sido así, ella le hubiera dado con la puerta en las narices.

—Lo es, muchacho. ¿Por qué lo preguntas? Si se trata de algún juego…

—Oh, no se trata de ningún juego —se apresuró a decir Bob—.

Investigamos la historia de un reloj, señora Rey. Se lo mostraré —sacó el despertador—. ¿Lo ha visto antes?

Los labios de la señora Rey se apretaron.

—¡Otra vez ese horrible reloj! —gritó—. ¡A quién se le ocurre mandar semejante cosa a mi marido enfermo! Si llega a escucharlo, habría empeorado. ¡Oh, qué terrible chillido!

Bob y Harry intercambiaron una rápida mirada. Estaban de suerte, pues habían localizado el punto de partida deseado.

—¿Fue el señor Reloj quien se lo mandó al señor Rey? —preguntó Bob.

—Desde luego, sólo ese estúpido de Albert Reloj podía enviar a mi marido una cosa así. Y todo porque trabajaron juntos hace unos años. Menos mal que se me ocurrió enchufarlo para comprobar su funcionamiento ignorante de cómo sonaría. Cuando oí su horroroso grito, estuve a punto de sufrir un colapso. Por eso lo tiré en el acto a la basura. ¿De dónde lo sacasteis?

—Un trapero lo vendió a un amigo mío —explicó Bob—. ¿Se fijó usted en el mensaje adosado a su base?

—¿A qué mensaje te refieres? —Ella frunció el ceño—. No vi ninguno. Bueno, la verdad es que me desembaracé de él al día siguiente. Llegó acompañado de una corta misiva de Bert Reloj, que también tiré.

—¿Recuerda usted qué decía? —inquirió Bob—. Sin duda es importante.

—No sé. Algo acerca de escuchar el reloj, y que si hacía caso podía ayudarle a ganar una fortuna. Tonterías. Me pareció de pésimo gusto por parte de Reloj gastar una broma así a mi marido, estando enfermo, sin trabajo y preocupado por sus facturas. Ya sé que fueron buenos amigos. Pero eso no justifica un susto con una cosa tan horrible.

La mujer volvió a fruncir el ceño, antes de añadir:

—¿Y por qué te interesa todo eso? ¿Qué hay de particular en ese reloj?

—Intentamos conocer su historia —dijo Bob—. El señor Reloj… bueno, ha desaparecido y suponemos que el despertador puede ser la pista que nos lleve hasta él. ¿Recuerda desde dónde mandaron el paquete?

—No, no me fijé. ¿Y ha desaparecido Albert Reloj? ¿Cuál es la

razón? Oh, excusadme, suena el timbre del teléfono. Ya os he dicho cuanto sé, chicos. Adiós.

Cerró la puerta. Bob se volvió a Harry.

—¿Has visto cómo trabaja un investigador, Harry? Nos hemos enterado de mucho, si bien ignoro su significado. No obstante, aun sin la ayuda de Jupe, me atrevo a dar por sentado que el señor Reloj mandó el despertador al señor Rey por algún motivo especial. Pero éste no lo recibió, al estar enfermo y en el hospital. Y su mujer lo tiró. Quizás el señor Rey hubiera sabido interpretar el mensaje. Desgraciadamente, resulta imposible verlo. Tendremos que descifrarlo nosotros.

—¡Cáspita! —gritó Harry, que empezaba a sentirse investigador—. Probemos con la señorita Imogene Taylor. ¿Qué nos dirá ella?

La señorita Taylor apenas dijo nada. Mujer bajita, con aspecto de pájaro, vivía en una casita de Woodland Hills, al otro lado de Hollywood. Su vivienda se hallaba semioculta entre arbustos y bananos. Ella, con su pelo gris, voz de pajarillo y lentes de oro antiguos, parecía arrancada de un cuento de hadas.

Los hizo pasar a una salita repleta de libros, revistas y almohadones, donde resultaba imposible encontrar un objeto determinado. Tan pronto escuchó la pregunta de Bob relativa al mensaje del señor Reloj, se subió las gafas sobre la frente y empezó a buscar por el escritorio, sin dejar de hablar.

—¡Cielos! Al fin ha llegado. ¿Dónde está el mensaje? Creí que se trataba de una broma de Reloj. Siempre fue un bromista empedernido. ¡Oh!, lo recuerdo en el estudio de la emisora, donde trabajábamos. Luego, nunca más supe de él hasta que recibí la carta, ordenándome diera el mensaje a la persona que vendría a pedirlo, si bien antes había de hablarme de un reloj. ¿Dónde habré puesto mis gafas? No veo nada sin ellas.

Bob le recordó que se las había subido a la frente, y ella, rápidamente, se las caló. Al fin, su mano se detuvo sobre un pedazo de papel.

—¡Aquí está! —gritó—. Estaba segura de tenerlo. Puesto que se trata de uno de los chistes de mi buen amigo Reloj, me prestaré al juego. Pero vosotros sois demasiado jóvenes para haberlo oído por la radio.

—Tiene razón, señora —respondió Bob—. No lo conocemos. No

obstante, somos parte de esta broma, o lo que sea, y por eso intentamos averiguar su significado. Muchas gracias por el mensaje.

—Oh, de nada, de nada. Si veis a Reloj, dadle recuerdos míos. ¡Qué magnífico chillador era! La gente solía quedarse para oírlo chillar en nuestros programas. Causaba un miedo tremendo. Rex Rey era un guionista fantástico para temas de misterio, acertijos y cosas así. ¿Queréis té? ¿No? Bien, si tenéis que iros, os disculpo. Los chicos siempre tenéis prisa. Eso es algo propio de vuestra edad.

Una vez en el coche, Bob y Harry suspiraron aliviados.

—¡Cáspita! —exclamó Harry—. Temí que nunca dejaría de hablar. Pero así y todo, algo conseguimos. Veamos qué dice.

Bob se sacó de un bolsillo el sobre.

—Quizá debiéramos hacerlo con Jupe —contestó—. Espero que no se moleste porque le echemos un vistazo ahora.

Abrió el sobre y extrajo un trocito de papel. Harry aguardaba ansioso. Sus rostros expresaron intriga. El mensaje decía:

Allí hay paz, incluso dentro de un huracán.
Sólo un consejo, cortésmente dado.
Los antiguos arqueros ingleses lo amaban.
Mayor que una gota de agua; más pequeño que un océano.
Tengo veintiséis años. ¿Cuántos tiene él?
Está sobre un estante, cual duende bien alimentado.

Los chicos se miraron perplejos.

—¡Caramba! —gimió Harry—. ¿Qué diablos significa esto?

Capítulo 10

Problemas para los muchachos

Había tres Martha en la lista de amigos del señor Reloj, que recibían felicitaciones navideñas. Todas vivían en Pasadena. Jupe y Pete visitaron a las dos primeras antes de localizar a la señora Martha Harris, una viuda regordeta que en otros tiempos fuera actriz de radio y televisión.

La señora Harris tenía gatos, muchísimos gatos, todos siameses. Un par de felinos permanecían en los brazos de su sillón, y ella los acariciaba.

—Por supuesto que traté a Albert Reloj. Me sorprende que vosotros preguntéis por él. Aunque no es de extrañar, pues, sin duda, él esperaba que alguien viniese a verme, o, de otro modo, no me hubiese mandado el sobre con el ruego de entregarlo.

—¿Le mandó un sobre el señor Reloj, señora? —inquirió Júpiter —. ¿Cuándo fue eso?

—Veamos… hará unas dos semanas. En la carta me decía: «Si alguien viene a recoger un mensaje mío, dele este sobre y mi bendición. Que se divierta con él».

La mujer revolvió los papeles que había en un cajón, apartó un gato, y entregó a Júpiter el sobre.

—¿Qué diablos se propondrá Bert Reloj? —preguntó—. Hace varios años que recibí sus últimas noticias. Entonces ganó algún dinero y se retiró. De todos modos, su trabajo de chillador había dejado de cotizarse en la radio.

—No sabemos mucho de él —aventuró Júpiter—. Desapareció hace unos meses.

—¡Qué misterioso! —exclamó la señora Harris—. Bueno, Bert

Reloj fue siempre un extraño hombrecillo. Nunca se sabía lo que pensaba. Conocía toda clase de gente rara: *jockeys*, jugadores y gente así.

—Muchísimas gracias por el sobre —agradeció Júpiter—. Vamos, Pete; tenemos que irnos ahora.



Dejaron a la señora Harris con todos sus gatos, y se reunieron con Worthington, que los aguardaba.

—Veamos el mensaje —apremió Pete.

—Entremos en el coche antes —propuso Júpiter.

Acomodados en el asiento posterior del «Rolls-Royce». Júpiter desgarró el sobre. En él halló una hoja de papel parecida a la que Bob y Harry habían encontrado, y un mensaje mucho más sorprendente, pues no eran palabras, sino números que seguía hasta diez o quince líneas más.

3-27 4-36 5-19 48-12 7-11 15-9 101-2
5-16
45-37
98-98
20-135
84-9

—¡Saltamontes voladores! —exclamó Pete—. ¿Qué significa eso?

—Evidentemente se trata de una clave —replicó Júpiter—. Resultará ser un mensaje con sentido, cuando hayamos resuelto la clave. Dejémoslo para luego —dobló el mensaje y se lo guardó en un bolsillo—. Ahora trataremos de localizar a Gerald. Hay dos Gerald en la lista. El primero es Gerald Cramer. Empezaremos por él.

Worthington puso en marcha el vehículo. Jupe se presionaba el labio, meditabundo, mientras avanzaba, pero nada dijo. Pete pensó que, si progresaban, él ciertamente, no se enteraba. Quizás el próximo mensaje fuese más explícito.

Se detuvieron delante de una casa bastante vieja. Los dos amigos abandonaron el coche y anduvieron por la acera.

—Sólo hay dos Gerald en la isla —comentó Pete, mientras Júpiter presionaba el botón del timbre—. Nuestra posibilidad de acertar supone un cincuenta por ciento. Empero…

—¿Qué pasa? —preguntó un hombre bajito, delgado y con piernas arqueadas, que apareció en la puerta.

—Discúlpeme —rogó Júpiter, simulando no advertir el recelo del hombre—. Según sé, usted conoce al señor Bert Reloj.

—¿Bert Reloj? ¿Quién dice que yo conozco a Bert Reloj? —Parecía enojado—. ¡Eso es mentira! Jamás oí hablar de Bert Reloj. ¡Fuera de aquí! ¡Largo!

—Un momento, Gerald, amigo mío —suplicó un hombre alto y de aspecto distinguido, con reluciente pelo negro—. ¿Por qué preguntáis por un hombre llamado Bert Reloj? No seréis detectives, ¿verdad? —Y se sonrió.

—Coincide que… —Pete se calló al ver la expresión de su amigo.

—Buscamos un mensaje del señor Reloj enviado a sus amigos —explicó Júpiter—. Lo envió a diferentes personas. Una parte fue remitida a un amigo llamado Gerald, que supusimos fuese Gerald Cramer. Su nombre se halla en la lista de felicitaciones navideñas del señor Reloj.

—Muy interesante. Entrad, por favor. Quizá pueda ayudaros. Mi amigo es Gerald Cramer. Disculpadle su rudeza; ha sufrido mucho en la vida.

Pete y Jupe siguieron a los dos hombres hasta una sala en desorden, y se acomodaron.

—Ignoro de qué va todo esto, Carlos —gruñó el hombrecillo—. Pero no me gusta.

—Deja que yo lleve el asunto —respondió el otro, que se volvió a Júpiter—. Verás, estamos alterados por la desaparición de Bert Reloj, y el curioso mensaje que envió a Gerald. Esperamos ansiosos oíros todo cuanto podáis contarnos de él. ¿Sabéis su paradero?

—No, señor —replicó Júpiter—. En realidad, sólo tratamos de hallar su mensaje. Nuestro interés nace de un despertador muy raro que el señor Reloj mandó a alguien…

—¿Un reloj? —interrumpió Carlos—. ¿Lo lleváis encima? —observó el pequeño bolso que Júpiter sostenía.

Éste sacó el reloj, imitación del verdadero, y lo mostró.

—Véalo usted, señor.

El hombre lo cogió.

—Un reloj corrientísimo —dijo—. Decidme el mensaje.

—No está muy claro. Dice: pídelo a Martha y pídelo a Gerald. Pero no aclara qué debe pedirse. Localizamos a una señora llamada Martha, receptora de una carta del señor Reloj, y un sobre sellado, que debía entregar a quien se lo pidiera. Y vinimos aquí porque Gerald Cramer es el siguiente nombre en la lista. ¿Tiene el señor Cramer un mensaje para nosotros?

—Por supuesto que lo tiene —afirmó Carlos—. Pero es algo

diferente del otro. Las instrucciones son que antes de entregarlo, vea el vuestro. ¿Queréis enseñarme el mensaje que la señora Martha os dio?

—Bien… —Júpiter vaciló.

Carlos tenía tendida su mano. Júpiter se sacó del bolsillo el papel con la larga lista de números. El hombre la examinó desilusionado.

—¡Sólo números! Parece ser una clave. ¿Qué quieren decir?

—Lo ignoro —respondió Júpiter—. Esperaba que el de ustedes nos lo aclarase.

—Quizá sí —convino Carlos—. No obstante, de eso me encargaré yo. Ni el reloj ni los mensajes fueron destinados a vosotros. Consiguientemente, os ruego me entreguéis los mensajes en vuestro poder, y yo seguiré con el asunto, de ahora en adelante.

—No tenemos más mensajes —afirmó Júpiter, palideciendo, pues Carlos se mostraba repentinamente amenazador—. Le pedimos, por favor, nos devuelva el reloj, y el mensaje. Son nuestros, y la investigación…

—¡Sujétalos, Jerry! —gritó Carlos—. Tenemos que registrarlos y quitarles los mensajes que posean.

—¡Quietos, chavales! —Gruñó el hombrecillo, cuyos fuertes y nervudos brazos rodearon a Pete, inmovilizándolo.

* * *

En aquel mismo instante, Bob y Harry se hallaban envueltos en otra grave situación.

Desde la casa de la señorita Taylor, se encaminaron a Rocky Beach. A unos dos kilómetros del pueblo, en las montañas de Santa Mónica, Bob sospechó de un coche azul marino con techo blanco, que circulaba detrás de ellos. Lo había descubierto cuando enfilaron aquella carretera poco frecuentada. Ahora se les acercaba veloz.

—¡Harry! —gritó Bob, alarmado—. ¡Nos siguen! Hace rato que nos persigue ese coche. Ahora intenta darnos alcance.

—¡Eso aún no lo ha conseguido! —respondió Harry, que pisó el acelerador.

El viejo coche saltó hacia delante, y chirrió en una curva al descender una larga colina.

Bob miró atrás. El coche azul acortaba distancias. Ya estaba a unos cien metros. Harry aceleró de nuevo, y el sedán aumentó peligrosamente su velocidad. Aun así, el otro vehículo seguía ganando terreno.

Harry tomó una curva tan aprisa que el sedán casi se salió de la carretera junto al borde de un barranco. Cuando logró restablecer la situación, pálido el semblante, miró a Bob.

—No soy lo suficiente experto para correr por estas colinas. Nos alcanzará, quienquiera que sea.

—Aguanta un poco más —rogó Bob—. Tan pronto lleguemos a Rocky Beach, dejará de perseguirnos.

—Lo intentaré. Procuraré mantenerme en el centro de la calzada, y así no podrá pasarnos.

El coche azul casi rozó el guardabarros posterior izquierdo del sedán, en su primer intento de sobrepasarlo. Bob consiguió ver una figura agachada sobre el volante, y parecióle vagamente familiar, si bien no la identificó.

Ambos vehículos rugían por la solitaria carretera, en busca desesperada del descenso hacia Rocky Beach. Harry tuvo que esquivar un bache, y se desvió a la derecha. Inmediatamente, el coche perseguidor logró emparejársele, y empezó a obligarlos a desviarse hacia la cuneta.

—¡Tengo que parar! —chilló Harry—. ¡O sufriremos un accidente!

Pisó el freno. Pero el otro también redujo la marcha. Bob intentaba reconocer al conductor, que llevaba puestas gafas oscuras. No pudo identificarlo, si bien la sensación de familiaridad persistía.

Harry aminoró la marcha hasta detenerse. El perseguidor se paró a su lado. De repente, el coche azul se disparó, perdiéndose en una curva.

—¿Qué conclusión sacas de eso? —preguntó Harry, atónito—. Primero nos persigue y, luego, sale disparado.

No tardaron en comprender la causa. Una sirena gimió lejos, para hacerse cada vez más sonora. Al fin, un coche de la policía de Rocky Beach frenó junto a ellos. La sirena dejó de oírse, y un agente de aspecto severo se les acercó.

—Muy bien, veamos la licencia del conductor. He presenciado muchas carreras temerarias, pero ninguna como la vuestra. Bien,

aunque tengas los papeles en regla, te verás metido en un buen bollo.

Capítulo 11

El otro Gerald

—¡Ya es mío! —gritó el hombrecillo, con sus brazos alrededor de Pete.

—¡Sujétalo! —ordenó Carlos.

Éste empuñó un cortapapeles y apoyó su punta en el pecho de Júpiter.

—Ahora, jovencito, dame todos los mensajes que tengas.

Júpiter se quedó inmóvil. Empero no Pete, a quien indignó que Carlos usase un arma. Así pues, decidió no entregarse sin resistencia. Pertenecía al equipo de luchadores de su colegio, y conocía el uso de algunas llaves. Disparó sus brazos a un lado, mientras al mismo tiempo avanzaba el cuerpo con un movimiento de látigo.

Gerald voló por encima de su cabeza, para aterrizar sobre Carlos, y ambos besaron el suelo.

—¡Utilicemos las piernas, Segundo! —gritó Júpiter.

Carlos, ligeramente aturdido, sostenía en la mano el mensaje que antes quitara a Júpiter. Éste se agachó; le abrió los dedos, y se apoderó del papel. Los muchachos se detuvieron un momento en la puerta y luego corrieron por la acera.

—¡El reloj! —gritó Pete—. ¡Te dejaste el reloj!

—No era el verdadero —replicó Júpiter, introduciéndose en el vehículo—. Worthington, llévenos lejos de aquí, ¡pronto!

—Entendido, *master* Jones.

Worthington puso en marcha el coche tan aprisa que los dos investigadores se cayeron de bruces. Al fin lograron afianzarse en el asiento. Jupe alzó una mano.

—Lo importante era salvar el mensaje del señor Reloj —dijo—. Lo recuperamos y…

Se calló. Ambos miraban el papel partido por la mitad. Júpiter tenía sólo un trozo. El otro seguía en la mano de Carlos.

—¡Oh, no! —gimió Pete—. ¡Vaya contrariedad! Hemos perdido la mitad del mensaje.

—Tendremos que regresar —propuso Júpiter.

—¿Para enfrentarnos de nuevo a ese par de sujetos? —protestó su amigo.

—Tienes razón. Carlos habrá ocultado la otra mitad, y no lograríamos que nos la diera.

—¿Dónde vamos? —preguntó Worthington—. ¿Al Puesto de Mando?

—No —repuso Júpiter—. Antes quiero hallar el otro mensaje. Gerald Cramer no es el Gerald que nos interesa. Iremos al domicilio de Gerald Watson.

Luego de decir la nueva dirección a Worthington, ambos muchachos se apoyaron en el respaldo.

—Escucha, primero —rogó Pete—. Sin duda Gerald Cramer no tiene ningún mensaje del señor Reloj. Pero el tal Carlos se interesó por el asunto en cuanto oyó hablar de los mensajes. ¿Qué opinas tú?

—No estoy seguro —replicó Júpiter—. Me parece que ellos saben algo del señor Reloj; algo que les hace considerar importantes los mensajes. Tenemos que averiguarlo. Quizá lo sepamos cuando logremos descifrar esos mensajes.

—¿Y cuándo lograremos descifrarlos? —se rió Pete—. Temo que para entonces seremos viejecitos con luengas barbas, si la parte del mensaje en tu poder encierra la clave.

—Eres pesimista —gruñó Júpiter—. Ya sé que hemos de espabilarnos. ¿Llegamos, Worthington?

—Así parece, *master* Júpiter —respondió el chófer inglés, deteniendo el automóvil—. ¿Presiente peligro esta vez?

—No lo creo. Si necesitamos ayuda, gritaremos. Vamos, Segundo.

Pete lo siguió hasta una linda casita de estilo español, rodeada de jardines. Un anciano recortaba unos rosales en la parte delantera. Alzó la cabeza.

—¿Es usted el señor Gerald Watson? —preguntó Júpiter.

El anciano asintió.

—El mismo —se quitó sus guantes de jardinero—. ¿En qué puedo serviros? Doy por descontado que no os interesa mi autógrafo —se rió—. Hace años que nadie me lo solicita. En cambio, en mis tiempos de detective en *Un grito a medianoche* mucha gente lo coleccionaba. Seguro que nunca me habréis oído nombrar.

—No, señor —confesó Júpiter—. Era un programa de miedo, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —repuso Gerald Watson—. Solía empezar con un grito de Bert Reloj. Luego se sucedían toda clase de misterios fantasmales. Bert y Rex Rey lo escribían. Que yo sepa, Bert sugería los argumentos y Rex los desarrollaba. Era muy bueno para plantear acertijos y pistas. Por desgracia, ésa es una historia muy vieja. ¿A qué habéis venido, chicos? ¿Vendéis suscripciones de revistas?

—Hemos venido en busca del mensaje que el señor Reloj le mandó —contestó Júpiter—. Dejó otro mensaje diciendo que se lo pidiéramos.

—¡Oh, el mensaje! —El anciano se animó—. Sí, sí, naturalmente. Llegó de improviso. Hacía años que no tenía noticias de Bert, excepto sus felicitaciones navideñas. Entrad, entrad. Espero encontrar ese mensaje.

Los condujo a una limpia habitación donde había un gran magnetófono y un anaquel repleto de cajas llenas de grabaciones. De su escritorio sacó un sobre abierto.

—Aquí lo tenéis. La curiosidad me venció, pero no entendí una palabra.

Júpiter sacó el mensaje y lo examinó con Pete.

> *Coge sólo un lirio y mata a mi amigo Eli.*
>
> *Positivamente, el número uno. Coge una escoba y mata una abeja.*
>
> *Casi lo que se hace con las ropas.*
>
> *No es madre, hermana o hermano, pero, quizá sí, padre.*
>
> *¿Himnos? ¿Hombres? ¿Hogares? Uno de éstos.*

—¿No tiene miga el mensaje? —preguntó el señor Watson—. Intenté descifrar su significado, y no logré ninguna solución. No

conozco a ningún amigo de Bert, llamado Eli. Suena como si quisiera decir: «¡Matad a Eli y poned un lirio sobre su pecho! —se rió—. Dadlo a quienquiera que venga pidiendo el mensaje». Eso me ordena. Y vosotros lo hicisteis, así que ahí lo tenéis. Bien, al menos decidme quiénes sois.

—¡Oh!, discúlpenos; tenga nuestra tarjeta.

Júpiter le entregó la tarjeta comercial de los Tres Investigadores. El señor Watson la estudió gravemente; luego estrechó sus manos.

—Encantado de conoceros. Si os interesa la personalidad de Bert Reloj, quizá querréis oír algunas de las emisiones radiofónicas que hicimos juntos. Empezaban con un grito. ¡Eran escalofriantes! Cada vez chillaba de modo diferente. ¿Y los argumentos? Hoy no escriben temas como aquéllos para la televisión. Esas cajas que veis, contienen todas las emisiones que realicé con Bert Reloj.

Pete y Júpiter sintiéronse tentados. Sabían que algunos de los viejos programas de radio fueron mucho más terroríficos que los televisados. Pero no podían perder tiempo. Se despidieron. Segundos después, llegaban al coche. Júpiter ordenó a Worthington que los reintegrase al Patio Salvaje de los Jones. Luego se volvió a Pete.

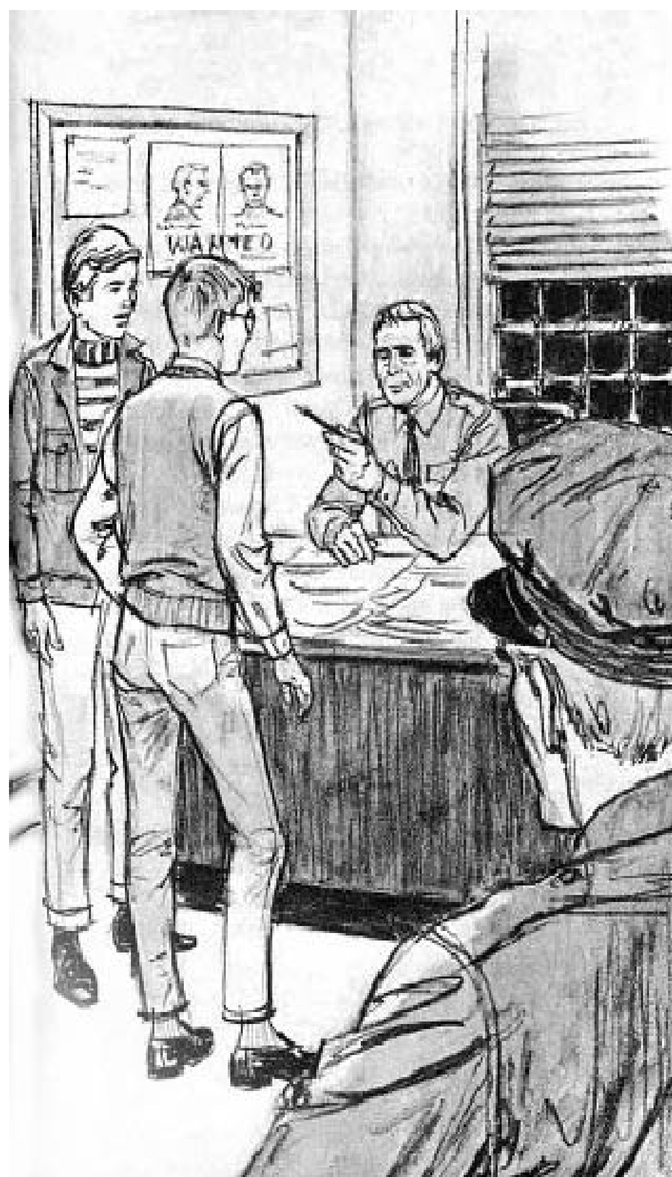
—Supongo que Bob y Harry habrán llegado ya. Si han conseguido algún material, trataremos de aclarar todo este gran lío.

Pero Bob y Harry no estaban en el Puesto de Mando, sino en la comisaría de Rocky Beach, donde fueron conducidos por el policía que los había arrestado por exceso de velocidad.

—El jefe dice que te conoce —informó el policía a Bob—. Pero no confíes en salir bien librados. Los jóvenes alocados son una amenaza para los ciudadanos pacíficos.

Los introdujo en la oficina del señor Reynolds, jefe de la Policía local, que se hallaba sentado detrás de un enorme escrito cubierto de papeles.

El corpulento señor Reynolds alzó la cabeza.


WANTED

—Bien, Bob. Lamento verte aquí. Lo que el agente Zebert me ha contado es grave. Ir lanzado por la montaña es buscar la propia muerte, y poner en peligro la vida de los demás.

—Discúlpenos, jefe —rogó Bob—. No íbamos lanzados por capricho. Éramos perseguidos por otro coche. Nos acababa de dar alcance cuando apareció el agente Zebert. El otro conductor huyó.

—¿Perseguidos? —El policía se sonrió—. Tenía que haberlos visto en aquellas curvas, jefe, o zigzagueando de lado a lado de la carretera. De haberles salido al paso otro vehículo, habrían muerto todos.

—¿Por qué os perseguía otro coche? —preguntó el jefe—. Cualquiera diría que llevabais mucho dinero encima.

—Investigamos el caso de un reloj misterioso.

—¿Un reloj misterioso? —inquirió Zebert—. ¿Ha oído jamás historias más tontas, jefe?

—Es cierto —insistió Bob—. Una vez investigamos el caso de un fantasma verde. ¿Lo recuerda, señor Reynolds? Usted pidió a Júpiter Jones, Pete Crenshaw y a mí que le ayudásemos.

Se refería a un misterio que el señor Reynolds admitió francamente lo tenía intrigado.

El jefe asintió.

—Es cierto. ¿Dónde está el reloj, y qué tiene de misterioso?

—Está en el coche. Si me permite traerlo, podremos mostrarle lo que tiene de sorprendente.

—Conforme. Zebert, traiga el reloj.

—Se halla en un bolso de deporte, en el asiento delantero —informó Bob.

—Me gustaría ayudarte, Bob —dijo el jefe—. Pero de un tiempo a esta parte se vienen cometiendo muchas faltas por exceso de velocidad. Suelen ser jovencitos, y tenemos que hacer algo. Bien, aquí está el agente Zebert. ¿Halló el reloj, Zebert?

El policía sacudió negativamente la cabeza.

—No hay nada, señor. El asiento delantero está vacío. No hay reloj ni bolso. Nada.

Bob y Harry se miraron.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¡Nos han robado el reloj!

Capítulo 12

Preguntas… sin respuesta

—Me gustaría saber qué retiene a Bob y Harry —dijo Pete, mientras Júpiter, sentado a su escritorio en el Puesto de Mando, se hallaba inclinado sobre el mensaje del señor Watson—. Daré un vistazo fuera por si los veo llegar.

Se acercó a un ángulo de la estancia, donde había un trozo de tubo de estufa que bajaba del techo. Con él Júpiter había compuesto un periscopio bautizado con el rimbombante nombre de «Todolové». La chatarra apilada alrededor del remolque, ocultándolo de la visión exterior, hacía preciso emplear el «Todolové» para escrutar las inmediaciones.

Pete, luego de un rápido vistazo, informó que el coche de Harry acababa de entrar en el patio. Minutos más tarde, se percibía un raspeo convenido en la entrada del «túnel dos». Pete alzó la trampilla y Bob y Harry, cansados, subieron al Puesto de Mando.

—¿Conseguisteis algún mensaje? —preguntó Júpiter.

—Sí —afirmó Bob—. Pero no lo entendemos.

—¿Puedo verlo? ¿Traéis el reloj?

—Pues no; no lo traemos —Bob se mostró contrariado.

Júpiter lo miró, no sin cierta severidad.

—¿Has perdido el reloj?

—Nos lo robaron —intervino Harry—, cuando teníamos el coche estacionado frente a la comisaría de policía.

—¿Qué hacíais vosotros en la comisaría? —inquirió Pete—. ¿Es que hallasteis algo demasiado gordo para resolver?

—Nos arrestaron por exceso de velocidad —explicó Harry—. Ocurrió que en las colinas alguien empezó a seguirnos…

Entre ambos contaron la historia de su aventura. Bob acabó diciendo:

—El señor Reynolds decidió dejarnos en libertad. Nos dijo que ignoraba en qué clase de problema estábamos metidos, pero si éste era demasiado importante para nosotros, nos agradecería que lo pasáramos a ellos.

—Sin duda a la policía no interesará nuestro caso, si partimos de los datos reunidos hasta ahora —exclamó Júpiter—. Se inclinaría a considerarlo una chiquillada. También a nosotros se nos complicaron las cosas.

Relataron su encuentro con Carlos, y Júpiter añadió que Jerry debía ser *jockey*, o lo había sido.

—Bien —siguió—. Alguien está interesado en conseguir el reloj y los mensajes. El primero os fue robado, sin duda alguna por el mismo hombre que os persiguió. Al comprobar que el agente os conducía a la comisaría, os siguió, llevándose el reloj dejado en el coche.

—¿Y quién tenía noticias del reloj y los mensajes? —preguntó Bob—. Eso es lo que no comprendo.

—Sabemos que el señor Jeeters no ignora la existencia del reloj —aclaró Júpiter—. Pudo contárselo a alguien más. Tampoco debemos olvidar a Carlos y Gerald Cramer. Nos precipitamos a contarles cuanto sabíamos antes de comprender sus malas intenciones. Como veis, son varias las personas enteradas de nuestras actividades.

—¡Demasiadas para darme un alegrón! —Gruñó Pete—. Dime, Jupe, ¿el mensaje de Bob es tan extraño como los nuestros?

El Primer investigador extendió el mensaje que le diera el Tercero.

—Es un jeroglífico.

—¿Por qué no lo describes en otras palabras? —gimió Pete—. Te gusta ser un diccionario viviente.

—De acuerdo —convino Júpiter, con una mueca—. Es un deshacemolleras con una campanilla en la cola y redoble de tambor. ¿Te gusta más así?

—Ahora hablas mi idioma —se rió Pete.

—Bien, veamos si conseguimos sacar algo en limpio —siguió Júpiter—. Bob, hazme un relato completo de tu encuentro con el

señor Rey y con la señorita Imogene Taylor.

El Tercer investigador se apresuró a complacer al jefe, que se esforzó en retener en su mente algunos datos.

—Así, el señor Rey se halla enfermo en el hospital —murmuró —. Y el señor Reloj le mandó el despertador, en la creencia de que buscaría todos los mensajes y los resolvería… y, luego, ¿qué? Ésa es la cuestión.

—El mensaje pegado a la base del reloj decía: «Luego actúa. El resultado te sorprenderá» —recordó Bob.

—¡Exacto! —gritó Júpiter—. Pero ¿por qué había de sorprenderle? ¿Qué sucede al final? Bien, a nosotros corresponde averiguarlo. Pongamos los mensajes en orden. El de Bob y Harry, conseguido de la señorita Taylor, parece ser el primero, así que, estudiémoslo antes.

Extendió el papel sobre la mesa, y todos leyeron:

Allí hay paz, incluso dentro de un huracán.
Sólo un consejo, cortésmente dado.
Los antiguos arqueros ingleses lo amaban.
Mayor que una gota de agua; más pequeño que un océano.
Tengo veintiséis años. ¿Cuántos tiene él?
Está sobre un estante, cual duende bien alimentado.

—Sigo sin comprender que eso pueda ser un mensaje —exclamó Harry—, a menos que esté en clave.

—Fue escrito para el señor Rey, ahora enfermo —respondió Júpiter—. Y no olvidéis que es un experto en pistas y acertijos. Sin duda quiso intrigarlo. Pero si el señor Rey podía descifrarlo, también nosotros.

—Te explicas como un libro abierto —rezongó Pete.

—A primera vista —continuó Jupe—, estas frases componen un crucigrama. Para mí, cada línea se condensa en una palabra, y tan pronto logremos todas las palabras, tendremos un mensaje de seis palabras.

—¿Y cuáles son esas palabras? —interrogó Pete—. ¿Qué significa: «donde hay paz, incluso en un huracán»?

—El mejor lugar para tener paz incluso en un huracán, es un sótano a prueba de ruidos —afirmó Harry.

—O la cámara de un banco —añadió Bob.

—No sé —Jupe se pellizcó el labio inferior—. Quizá se traté de la cámara de un banco. Sospecho que hablamos de algo valioso.

—¿Cómo te lo imaginas? —intervino Pete.

—¿Para qué tanto jaleo si no se trata de algo valioso? —preguntó Júpiter—. Sin duda estamos en lo cierto, y no me extrañaría que se refiera a la cámara de un banco. Ahora sigamos con la segunda línea. Dice: «Sólo un consejo, cortésmente dado». Bien, ¿qué otras palabras pueden sustituir a consejo? Pete, dame el diccionario.

Éste cogió el grueso volumen que se hallaba en un estante, y Júpiter lo hojeó.

—Aquí está. Consejo: «Parecer que se da o se toma para un fin». Veamos si encaja. Cámara de banco, parecer… No cuadra.

—Por supuesto que no —convino Pete—. Si aceptas una sugerencia…

—¡Cállate, Pete! —gritó Júpiter.

El segundo investigador lo miró fijamente.

—¿Por qué he de callarme? Simplemente iba a exponerte una sugerencia…

—¡Eso es! —gritó Júpiter—. ¡Sugerencia! Sugerir es el modo cortés de aconsejar, ¿no? Bien, Pete, nos has resuelto la segunda línea.

Éste parpadeó sorprendido.

—Después de todo, quizá no sea tan difícil —comentó—. Pese a ello, no penetro el sentido de «cámara de banco sugerencia».

—Ni yo —convino Júpiter—. No obstante, aún hemos de lograr las otras palabras.

—La tercera línea dice: «Los antiguos arqueros ingleses lo amaban» —recitó Bob—. Amaban, ¿qué? Los arqueros quizás adorasen sus flechas.

—Flechas es plural, no singular —aclaró Júpiter—. También hemos de suponer que amarían una gran batalla.

—¡Cámara de banco, sugerencia, batalla! —exclamó Harry—. Está peor que antes.

—De acuerdo —aceptó Júpiter, frunciendo el ceño—. Pero… —fue interrumpido por la voz de su tía, a través del tragaluz abierto.

—¡Júpiter! Es hora de cenar. Cerramos la tienda.

—Ya voy, tía Mathilda —le contestó por el micrófono, conectado a un altavoz instalado en la oficina. Luego, dijo a los otros—: Tendremos que dejarlo por hoy. Harry, ¿puedes volver mañana?

—No lo creo. Mi madre necesita ayuda en la casa. Además, no veo que lleguemos a ninguna parte.

—En tal caso, nos mantendremos en contacto. Vigila al señor Jeeters. No olvides que intentó quitamos el reloj. Sospecho que fue él quien os siguió y luego robó el despertador de dentro del coche.

—Lo vigilaré. La verdad es que no me fío de él.

—Mientras, nosotros… —empezó Júpiter.

Volvió a ser interrumpido, esta vez por el teléfono. Lo cogió.

—Los Tres Investigadores. Júpiter Jones al habla.

—Hola —dijo una voz que no pudo identificar al principio—. Aquí Gerald Watson. Estuviste en mi casa esta tarde a recoger un mensaje de Bert Reloj.

—Sí, señor.

—Bien, después de mucho pensármelo, he decidido ponerte en antecedentes de cuanto ha sucedido desde que os fuisteis.

—¿Qué ocurrió?

—Alguien más llegó pidiéndome el mensaje. Se trata de un sudamericano alto, de pelo oscuro, acompañado de un amigo bajito. Dijeron que Bert los había enviado.

—Pero usted no pudo darles el mensaje, puesto que ya nos lo había entregado.

—Exacto, amigo. Empero me preguntaron a quién lo entregué. Yo les mostré vuestra tarjeta, y tomaron nota de vuestros nombres. Luego tuve dudas en cuanto a si había hecho lo correcto. No resultaron ser de mi agrado. El sudamericano es demasiado suave cuando habla.

—Ya no tiene remedio, señor Watson. Muchísimas gracias por informarme.

Colgó y se volvió a los otros.

—Carlos y Gerald Cramer saben ahora nuestros nombres. Indudablemente querrán los mensajes y el reloj. El señor Jeeters se interesa por el último. Y otra persona desconocida, quizás un tercer equipo, que no conocemos aún, se apoderó del despertador. El misterioso caso adquiere tremendo interés, y me gustaría saber en este momento en el centro de qué estamos.

Capítulo 13

Bob descubre más pistas

Bob se daba prisa en consumir su desayuno, a fin de salir lo antes posible hacia el Patio Salvaje de los Jones, cuando sonó el teléfono. Era la señorita Bennett, la bibliotecaria, interesándose por saber si podía ir a la biblioteca para ayudarle durante unas horas. Bob hacía ese trabajo cuando se lo pedían: clasificar, arreglar libros rotos y otros menesteres varios.

Imposible negarse, si bien lamentó que eso le impidiera reunirse con Júpiter y Pete para resolver los misteriosos mensajes. Contestó a la señorita Bennett que llegaría en veinte minutos, y poco después montaba en bicicleta.

La señorita Bennett lo recibió con alivio, pues su ayudante hacía fiesta. Bob se sumergió en el trabajo hasta la hora de comer. La bibliotecaria le rogó de nuevo que se quedase parte de la tarde, a lo que él accedió.

El muchacho, con el fin de disponer de algún tiempo para hacer investigaciones por su cuenta, se comió rápidamente los bocadillos que su madre le preparara.

Llevado de un interés no concreto, decidió leer acerca de huracanes, dado que el primer mensaje se refería a uno de éstos. Leía un largo artículo en una enciclopedia, cuando halló un hecho que le hizo saltar de entusiasmo. Escribió en su bloc de notas lo que tanto le había interesado, y dedicó su atención a los antiguos arqueros ingleses. De nuevo encontró algo que le inundó de excitación. Seguidamente pasó a leer sobre océanos. Pero nada de posible utilidad captó su atención. La hora de comer se había agotado, y hubo de volver a su trabajo, ansioso de llegar al Patio

Salvaje de los Jones, y relatar a Jupe y Pete lo descubierto.

Para su desgracia, la señorita Bennett lo necesitó durante toda la tarde. Al fin, hacia las cinco, le dio las gracias invitándolo a marcharse.

Bob saltó a su bicicleta y pedaleó furiosamente camino del Patio Salvaje. Halló a Júpiter y a Pete tristes, poniendo mercancías de segunda mano en ordenadas hileras detrás de la casita que servía de oficina.

—Hemos trabajado el día entero —explicó Júpiter, tan pronto Bob se unió a ellos, luego de apearse de su bicicleta—. El tío Titus trajo un camionazo repleto esta mañana, y tía Mathilda nos ha retenido aquí desde entonces. Hans y Konrad tienen el día libre. Así que no hemos progresado nada en nuestras investigaciones.

—¿Habéis tenido noticias de Harry?

—Una llamada telefónica. El señor Jeeters lo arrinconó y le preguntó qué hicimos ayer. Asustó a Harry. Éste le dijo que habíamos encontrado unos mensajes idiotas que nada significaban. También le contó lo del reloj chillón robado. Eso pareció enfadar mucho al señor Jeeters.

—Sin duda el hombre sabe algo que nosotros ignoramos —comentó Bob—. Si desciframos los mensajes, quizá descubramos todo el asunto. Oye, Júpiter, supe que…

—¡Júpiter! —gritó la señora Jones—. ¡Aquí, raudos! Aún no has acabado tu trabajo. Bob Andrews, celebro verte. Ya puedes empezar a enlistar todo lo traído por Titus. Hazlo bien, y con buena letra. Mientras, yo prepararé la cena.

Llegó hasta donde se hallaban los muchachos, y entregó un gran libro de notas a Bob. Era el registro de toda la mercancía entrada en el Patio Salvaje.

—Lleva la cuenta bien clara —exigió la mujer—. Espero que todo quede acondicionado antes de la cena. Os llamaré cuando esté a punto.

Tan pronto se fue tía Mathilda, Bob empezó a trabajar. Pete y Jupe amontonaban los artículos recién adquiridos y los nombraban.

—Una mecedora —gritó Pete.

—Una mecedora —repitió Bob, escribiendo.

—Un juego de herramientas de jardinería, oxidadas.

—Un juego de herramientas de jardinería, oxidadas —confirmó

Bob.

La operación duró una hora. Cuando al fin lo hubieron ordenado todo, Pete y Júpiter se dejaron caer, agotados. Bob, aunque algo cansado también, permaneció de pie, ansioso de comprobar si sus averiguaciones ayudarían a resolver los mensajes.

—Amigos —invitó—. ¿Por qué no trabajamos un poco en aquellos mensajes?

—Estoy demasiado cansado para pensar —gimió Pete—. Estoy demasiado cansado para moverme. ¡Vete y déjanos tranquilos! Ni siquiera me agradan los misterios.

—Yo tampoco tengo claras las ideas —se quejó Jupe—. Será mejor dejarlo para mañana, Bob.

—He conseguido pistas —protestó Bob—. Dos de ellas encajan.

—¿Qué es una pista? —se lamentó Pete—. La palabra es nueva para mí.

—Nada perderemos si escuchamos lo que Bob tiene que decirnos —accedió Júpiter—. Adelante, Bob. ¿Qué averiguaste?

—Escuchad atentos. Durante la hora de comida, en la biblioteca, me documenté sobre huracanes. Y hallé que hay un lugar muy tranquilo en un huracán: su centro. Lejos, el viento puede soplar a cien kilómetros por hora, pero en su centro hay una zona de perfecta tranquilidad, incluso con resplandeciente sol.

—¡Sigue, Bob! —animó Júpiter.

—Al centro de un huracán se le llama ojo —explicó triunfante Bob—. ¿Lo entendéis? En inglés, «ojo» se pronuncia como el pronombre «yo». Apuesto que «Yo» es la primera palabra del mensaje[1].

—El único mensaje que me interesa es «la cena está servida» —refunfuñó Pete.



—Bob ha descubierto algo importante —exclamó Júpiter, levantándose—. ¿Y la otra pista, Bob?

—Leí cosas sobre antiguos arqueros ingleses. Solían emplear madera de tejo para sus arcos. Luego los arqueros ingleses amaban el tejo; ya tenemos otra palabra.

—Bob, tienes razón —asintió Júpiter, después de una pausa—. Antes que tía Mathilda nos llame para la cena, vayamos al Puesto de Mando y comprobemos el mensaje.

—¿Por qué no aguardar hasta mañana? —preguntó Pete.

Sin embargo, se puso en pie y siguió a sus amigos, cuando se encaminaron hacia el «túnel dos».

Cinco minutos después estaban agrupados alrededor del escritorio con el primer mensaje extendido ante ellos.

—La primera línea dice: «Allí hay paz, incluso en un huracán» —leyó Júpiter—. Si Bob tiene razón, la primera palabra es, tal como hemos dicho antes: «Yo» —la escribió—. También creemos que «Sólo un consejo, cortésmente dado», significa «sugestión» —la anotó—. Y si «los antiguos arqueros ingleses la amaban», significa «tejo», y lo dejamos en «té». Ved las tres primeras palabras.

Escribió: «Yo, sugerencia, té».

—Eso parece algo raro —añadió—, pero tiene sentido si lo cambiamos algo: «Yo te sugiero».

—Te sugiero —exclamó Pete, olvidando su pesar—. Esto empieza a sonar coherente. ¿Cuál es la cuarta palabra?

—La frase dice: «Mayor que una gota de agua; más pequeño que un océano». Luego se trata de una masa de agua más reducida que un océano. Quizá sea un río, estanque, lago o mar.

—¡Mar! —exclamó Bob—. Tradúcelo por «mira». Eso debe de ser. Ahora llegamos a la quinta frase: «Tengo veintiséis años. ¿Cuántos tiene él?». Eso parece más difícil. ¿Qué puede significar veintiséis años?

—La referencia a la edad trata de confundirnos —decidió Jupe—. Sin duda el número veintiséis significa algo relacionado con una serie de cosas. Que yo recuerde, el número…

—¡Déjame hablar! —gritó Pete—. Hay veintiséis letras en el alfabeto. El número veintiséis corresponde a… ¡No! Se refiere al pronombre personal «él». Lo aplicamos como artículo, y así encaja en el mensaje. Ahora sólo falta la última pista. «Está sobre un

estante, cual duende bien alimentado». Por favor, no acepten sugerencias. ¡Adelante!

—Leí lo relacionado con duendes en la biblioteca, pero no hallé nada —confesó Bob.

—«Está sobre un estante —repitió Pete—, cual duende…».

—Duende es otro intento de confusión —señaló Júpiter—. Bob, te pasaste el día entero mirando estantes. ¿No se te ocurrió pensar qué había en ellos?

—¡Libros! —gritó Bob—. Y todos llenos de palabras. Podría decirse que están bien alimentados… de palabras.

—Estoy seguro de que tenemos el mensaje ahora —comentó Júpiter—. Lo escribiré, corrigiéndolo gramaticalmente —luego leyó—: «Te sugiero mires el libro».

—¡Recáspita! —gritó Pete—. Y, ¿qué significa eso? Y, ¿qué libro es ése? Y cuando lo sepamos, ¿qué haremos?

—Hay dos mensajes más —recordó Júpiter—. Cuando…

Mathilda Jones gritó:

—¡Chicos! ¡La cena! ¡Aprisa, o no coméis!

—Hay que suspender la sesión —decidió no de buen grado Júpiter—. Lo intentaremos de nuevo mañana, cuando estemos frescos.

Dejaron los misteriosos mensajes para el día siguiente, y, hambrientos, se fueron a cenar.

Capítulo 14

Una llamada de auxilio

Durante la cena discutieron el significado del mensaje desentrañado. Sugería la consulta de un libro. Pero ¿qué libro?

—¿No se referirá a la Biblia? —aventuró Pete—. Mucha gente la conoce como el «Libro del Bien».

—No lo creo —respondió Júpiter, que sirvióse doble ración de postre—. Claro que podría ser. Tal vez el siguiente mensaje diga algo más.

—¿En qué proyecto trabajáis ahora, muchachos? —preguntó Titus Jones, desde la cabecera de la mesa.

—Tenemos varios misteriosos mensajes por descifrar, tío Titus —informó Júpiter—. Acabamos de empezar.

—¡Dichoso club, el vuestro! —rezongó Mathilda Jones, cortando un trozo de pastel para Pete—. Sin duda es cosa buena daros trabajos al aire libre. De otro modo os pasaríais la vida encerrados resolviendo acertijos.

En tiempos pasados, los chicos habían constituido un club dedicado a resolver acertijos, y del cual nacieron los Tres Investigadores. Ésa era la razón de que la señora Jones siguiera empeñada en creer que la principal actividad del trío se centraba en deducir acertijos.

—Bien, no resuelvo nada más por esta noche —bostezó Júpiter —. Nos tuviste al aire libre todo el día, tía Mathilda, y necesito acostarme pronto.

—Lo mismo digo —Pete bostezó también—. Fue una gran cena, señora Jones, pero, si me disculpa, me largo a casa ahora mismo.

Pete y Bob se despidieron de los Jones y pedalearon juntos un

largo trecho, antes de separarse y dirigirse a sus respectivos domicilios.

Ninguno observó un pequeño camión cubierto que lentamente les seguía, continuando detrás de Bob.

Júpiter ayudó a su tía a despejar la mesa, entre continuos bostezos.

—Ya veo que estás rendido, Júpiter —reconoció ella—. Anda, sube arriba y acuéstate.

Lo hizo de buena gana, y se tumbó en el lecho. Pero no se durmió. Su mente se enzarzó en dura lucha con los sorprendentes mensajes: «Te sugiero mires el libro». Éste era el primero. ¿Qué libro? ¿Lo aclararía el segundo? Al fin comprendió que no conciliaría el sueño mientras no descifrase el segundo mensaje. Decidido, saltó de la cama y se vistió de nuevo.

Sus tíos, sentados frente al televisor, lo miraron sorprendidos.

—¡Por todos los diablos existentes, Júpiter! —exclamó ella—. Creí que dormías.

—Me acordé de algo —se excusó Júpiter—. Con… bueno, una especie de acertijo. Me lo olvidé en el patio. Voy a buscarlo y le echaré un vistazo antes de dormirme.

—Deseo que no te desgastes el cerebro con tanto acertijo —refunfuñó la señora Jones.

Júpiter cruzó la escasa distancia entre la puerta principal y el patio. Las verjas estaban cerradas. No obstante, él tenía su propia entrada para casos de emergencia. Caminó junto a la vistosa valla, y llegó frente a dos tablones pintados de verde. Empujó con un dedo en un lugar especial, y las dos tablas se balancearon silenciosamente hacia atrás, descubriendo una estrecha entrada. Aquélla era la Puerta Verde, una de las varias comunicaciones secretas, solamente conocidas por los Tres Investigadores. Júpiter se introdujo por allí, y se encontró en la sección del taller.

Caminó hasta la prensa, quitó el trozo de rejilla, y dejó al descubierto la entrada al «túnel dos». Se arrastró por él, empujó la trampilla, y pasó al interior del Puesto de Mando.

Los mensajes secretos estaban en un cajón del escritorio. Encendió la luz y los sacó. El primero: «Te sugiero mires el libro», lo desechó. Pero no el segundo, precisamente el que les diera Gerald Watson, que extendió sobre el escritorio.

Lo halló demasiado confuso. Sus seis líneas decían:

Coge sólo un lirio y mata a mi amigo Eli.
Positivamente, el número uno.
Coge una escoba y mata una abeja.
Casi lo que se hace con las ropas.
No es madre, hermana o hermano, pero, quizá sí, padre.
¿Himnos? ¿Hombres? ¿Hogares? Uno de éstos.

Empero, después de leerlo un par de veces, Júpiter empezó a tener ideas. Resuelto el primer mensaje, el camino quedaba expedito. Cada línea podía ser la clave de una palabra, como sucede en los crucigramas.

La primera línea se refería a un lirio. Escribió: un lirio. Luego pensó un momento. ¿Dónde está el sentido de la frase? Carecía de él. Tachó lirio y escribió «sólo».

—Veremos —murmuró Júpiter—. La segunda línea dice: «Positivamente el número uno». El femenino de uno, es una. Así el mensaje empezaría: «Sólo una…». «Coge una escoba y mata una abeja». ¿Qué se hace con una escoba? Se barre. ¿Qué suele barrerse? Habitaciones. Dejó la palabra «habitación».

Júpiter sintió acrecer su entusiasmo, y se habló a sí mismo como solía hacer cuando trabajaba solo.

—«Casi lo que se hace con las ropas». Bien, y ¿qué se hace con las ropas? Uno se las pone, naturalmente. ¿Qué relación puede haber? ¿Dónde se ponen? ¿Dónde? Tiene que ser ésta: «Sólo una habitación donde…». Hasta aquí tiene sentido.

Lo escribió. Luego atacó la quinta línea, que ofreció mayor resistencia. Pensó en varias palabras de pronunciación semejante a papá. Papá, papaíto, cabeza de familia. Ninguna de ellas tenía sentido.

Se pellizcó el labio; ¿y si la palabra padre encerrase otro significado? ¿La hora del padre? Todo el asunto giraba alrededor de relojes. Quizá fuese «hora del padre».

Empezó con la última frase. Tenía que ser himnos, hombres, hogares. Tenía que ser himnos, pues hombres y hogares no encajaba. De pronto, con sensación de triunfo escribió: «Sólo una habitación donde el padre canta la hora». Pero el padre no

canturrea la hora. Quizá se referiría a un reloj.

—¡Eso es! —se dijo Jupe—. Los relojes del señor Reloj son eléctricos, y todos zumban. Sólo una habitación, donde el padre tiempo zumba.

Ahora contaba con dos mensajes completos:

> *«Sugiero que veas el libro».*
> *«Sólo una habitación, donde el padre tiempo zumba».*

La habitación tenía que ser el salón en que el señor Reloj conservaba todos los relojes chillones. No obstante, podía apurar esa pista más adelante. Cogió el trozo de papel roto con la primera parte del mensaje conseguido de la señora Martha Harris.

Estudió la primera línea de números:

3-27 4-36 5-19 48-12 7-11 15-9

Ordinariamente nada hubieran significado para él. Pero los mensajes resueltos mencionaban un libro. Un especialista en mensajes necesita el uso de un libro. El especialista elige palabras que encajan con el mensaje, luego escribe la página y el número de la palabra, y manda únicamente los números. El que recibe el mensaje tiene otro libro idéntico, en el cual busca la página y número de la palabra, y rehace el mensaje.

Seguro que aquellos números se referían a páginas y palabras de un libro. Pero Jupe carecía de un ejemplar del libro. Además, ignoraba de qué libro se trataba, y sólo poseía la mitad de los números de la clave.

Empero, ya había conseguido bastante aquella noche. Guardó los mensajes en el cajón, y se disponía a marcharse cuando sonó el teléfono. Sorprendido, lo cogió.

—Los Tres Investigadores. Júpiter Jones al habla.

—¡Jupe! —gritó la voz asustada de Bob—. ¡Jupe! Estoy en apuros. ¡Necesito ayuda!

Capítulo 15

Bob en apuros

Camino de su casa, Bob no se fijó en el pequeño camión que lo seguía. Éste, al atravesar un descampado, aumentó la velocidad y lo adelantó, deteniéndose. Un chico saltó del vehículo.

—¡Bob!

El tercer investigador frenó sorprendido. Era Harry, y parecía muy trastornado. Bob caminó hacia él.

—¿Qué sucede, Harry? ¿Te ocurre algo?

De la puerta trasera del camión saltó un hombre bajo y nervudo.

—Ocurrirá, si no obedeces mis órdenes. No intentes huir.

—¡Lo siento, Bob! —El rostro de Harry acusaba infelicidad—. Me obligaron a detenerte. Mantienen a mi madre secuestrada en casa.

—No te molestes en dar explicaciones —gruñó el hombre—. Entrégame la bicicleta y sube al camión. ¡Andando!

Bob observó los alrededores sin ver a nadie a quien pedir auxilio. Comprendió la inutilidad de huir a pie, ya que sería prontamente alcanzado.

El enemigo le quitó la bicicleta y lo empujó.

—¡Sube al camión! Tú, Harry, con él.

Los dos muchachos se acomodaron en la caja, donde el malcarado sujeto echó la bicicleta. Luego cerró la puerta con llave, convirtiéndolos en sus prisioneros.

—Juraron que no nos harían daño, Bob —se excusó Harry, en voz baja—. Sólo quieren información, los mensajes y el reloj. No pude decirle cuanto deseaban saber, y decidieron apoderarse de ti. Llevan toda la tarde vigilando la chatarrería a la espera de

sorprenderte.

—¿Quiénes son?

El camión seguía su ruta fija hacia un desconocido destino.

—El señor Jeeters es uno de ellos. Hay dos más. El más alto se llama Carlos y el hombrecillo que has visto, Jerry. Fue *jockey*.

—¡Carlos y Gerald! —exclamó Bob—. Los mismos que Pete y Júpiter visitaron ayer tarde. Son los que se quedaron con la mitad del mensaje cifrado.

—Eso los ha puesto en acción. Quieren saber el significado —aclaró Harry—. Buscan algo valioso y están decididos a encontrarlo. Creen que tenemos la pista de donde está oculto.

—Si la tenemos, lo ignoramos. Pero Jupe está seguro de que se trata de algo valioso.

—Carlos y Jerry vinieron a ver al señor Jeeters esta tarde. Sostuvieron una larga conversación. Luego me cogieron a mí y me hicieron decir todo lo que sabía. Caramba, lo siento, Bob, pero tuve que hablar. Son duros. En caso de no cooperar con ellos, mi madre sufriría las consecuencias.

—Lo comprendo, Harry. Desecha todo sentimiento de culpabilidad. ¿Dices que han encerrado a tu madre?

—Sí, en casa del señor Hadley, o del señor Reloj, como todos lo llaman ahora. Pude escuchar su conversación, y supe que el señor Jeeters vive en la casa, porque busca un lugar secreto. Prométeme que les dirás cuanto sepas, Bob, para evitar que maltraten a mi madre.

—La verdad es que no sé nada. Hasta ahora sólo hemos aclarado un mensaje, en el cual invitan a consultar un libro. Empero, ignoramos de qué libro se trata. Eso es todo.

—Se enojarán mucho. Están convencidos de que habéis resuelto los mensajes. Han hecho averiguaciones, y saben que vosotros tres sois muy listos.

—Jupe sí es listo —suspiró Bob—. Tal vez si los convenzo de mi ignorancia, nos dejen ir. Con todo, no les favorecerá retenernos si no sabemos nada, ¿no te parece?

Animados por tan leve esperanza, guardaron silencio. El camión seguía su marcha, con giros ocasionales, si bien los chicos no tenían idea de qué dirección seguían. Finalmente, después se detuvo. Captaron el ruido de una puerta de garaje al ser abierta hacia

arriba, como si se enrollase. El camión avanzó unos metros y volvió a pararse. La puerta fue bajada. Entonces abrieron la del camión y Jerry les ordenó:

—¡Vamos, bajad, chicos! Sed obedientes si sabéis lo que os conviene.

Bob descendió seguido de Harry, y se halló sobre un piso de cemento. Miró a su alrededor, y comprobó que se encontraba en el interior de un enorme garaje, con las puertas bien cerradas y dos ventanas, una a cada lado, provistas de cortinas echadas. Una bombilla iluminaba el lugar. El camión era el único vehículo. Pero el local parecía destinado también a taller, pues había un banco de trabajo, un equipo de soldar y otras herramientas.

Jerry señaló unas sillas.

—Sentaos.

Ellos obedecieron. El señor Jeeters, con su alargado y desagradable rostro, descendió de la cabina, seguido del sonriente Carlos.

—Necesitamos una cuerda para atarlos —dijo el señor Jeeters a Jerry—. Luego hablarán.

El ex*jockey* cogió una que había sobre el banco y ató a los muchachos a los respaldos de sus sillas. El señor Jeeters acercó otra silla, encendió un cigarro y les echó humo.

—Supongo que Harry te habrá contado lo que pretendemos.

—Ustedes quieren saber el significado de los mensajes —respondió Bob, temblorosa la voz.

—Eso es precisamente lo que deseamos. Los mensajes constituyen la pista de un escondite donde se guarda algo muy valioso —gruñó el señor Jeeters—. Sabemos cómo lo conseguisteis, después de haceros con el reloj chillón de Bert. Pues bien, nos interesa oír el contenido de esos mensajes que vosotros ya habéis aclarado.

—Personalmente —intervino Carlos—, me interesa conocer por qué Bert envió un reloj chillón a Rex Rey, y los mensajes a los otros. ¿Qué se proponía Bert?

—Eso es algo que sólo sabe él —afirmó Jerry—. Bert es un ser muy extraño a quien siempre gustó forjar planes que otras personas resolvieran afrontando los riesgos. Nunca sabremos exactamente su propósito, hasta que lo encontremos, y parece haber desaparecido

sin dejar huella.

—Jerry tiene razón —dijo el señor Jeeters—. Es inútil preguntarse por qué Bert dispuso todo eso. Concentrémonos en hallar el botín. Vamos, chico, basta de perder tiempo. ¿Qué decían esos mensajes?

Bob tragó saliva.

—El primer mensaje dice: «Te sugiero mires el libro». Eso es todo.

—«Te sugiero mires el libro» —el señor Jeeters se mordió el labio—. ¿Qué libro?

—Lo ignoro. El mensaje no lo explica.

—Tal vez lo aclara el segundo —invitó impaciente el señor Jeeters—. ¿Qué decía?

—No lo sé. Aún no lo hemos descifrado. Todos estábamos rendidos y decidimos esperar a mañana.

—¡Cuidado, chico! —amenazó el señor Jeeters—. No me mientas. Quiero saber el contenido del segundo mensaje.

—¡Le digo que no lo sé! —contestó Bob—. No lo hemos averiguado todavía. Es lo primero que pensábamos hacer mañana.

—Quizá sea verdad —sugirió Carlos.

—Quizá —repitió el señor Jeeters—. Pero, sólo quizá. Bien, muchacho, vayamos por el tercer mensaje, el de los números. Tengo parte de él, la parte que Carlos retuvo de tu gordo amigo.

Se sacó de un bolsillo el trozo que guardaba y se lo mostró a Bob.

—¿Qué significan estos números?

—Tampoco lo sé. Júpiter no tiene ni idea.

El señor Jeeters no disimulaba su contrariedad. No obstante, parecía admitir que Bob no les mentía. Los otros opinaban lo mismo.

—Me temo que nos hemos precipitado —comentó Carlos—. Pero en otro caso, los chicos hubieran llevado a la policía al lugar del escondite sin posible remedio para nosotros. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Evidentemente —gruñó el señor Jeeters—, necesitamos los otros mensajes. Si los chicos son capaces de resolverlos, también nosotros. Luego, sólo nos resta apoderarnos de los mensajes. ¿Quién los tiene, chaval?

—Júpiter Jones. Y está en la cama ahora.

—En tal caso, tendrá que levantarse —gruñó el hombre—. Se me ocurre una idea: de que tu gordo amigo traiga los mensajes y los resolveremos juntos.

—¿Cómo va a conseguirlo? —preguntó Carlos.

—¿Aprecia a su amigo, no? —preguntó el otro, señalando a Bob —. Y, por supuesto, no querrá que le suceda nada. Estoy seguro que traerá de buen grado los mensajes. ¿Verdad que sí, chico? —Miró a Bob.

—Lo ignoro.

Bob había confiado en que los pondrían en libertad cuando comprobaran su ignorancia. Pero en vez de eso, decidían apoderarse de Júpiter.

—Sin duda lo hará —afirmó Jeeters—. Obtendremos el mismo resultado, aunque necesitaremos algo más de tiempo. Primero habrá que tranquilizar a tus padres. Ahora los llamarás para decirles que pasas la noche en casa de tu amigo Júpiter. Luego rogarás a tu gordo compañero que si quiere verte otra vez, tendrá que seguir las órdenes sin decirlo a nadie —se volvió a los hombres—: Jerry, entrégale el teléfono.

El hombrecillo cogió el aparato de encima del banco de trabajo y lo tendió a Bob.

—Cógelo, chico.

—No lo haré —rehusó Bob—. No telefonearé a nadie. He dicho cuanto sé… y… —Tragó con dificultad—. ¡Y eso es todo!

—Jerry —Jeeters miró hacia el banco de trabajo—. Veo el soplete. Enciéndelo y dámelo.

El *jockey* obedeció. El señor Jeeters, con el soplete en la mano, del cual surgía una siseante llama amarilla, se acercó a Bob, hasta hacerle sentir el calor en su rostro, obligándole a cerrar los ojos.

—Ahora, muchacho —amenazó suavemente el señor Jeeters—, ¿prefieres telefonear o un corte de pelo al soplete? Tienes cinco minutos para decidirte.

Capítulo 16

Encuentro inesperado

—¡Jupe, estoy en apuros! —dijo premiosamente Bob, al Puesto de Mando a través del teléfono—. Necesito ayuda.

—¿Qué ha sucedido, Bob?

—Carlos, Jerry y el señor Jeeters me han cogido. Tienen a Harry también.

Hizo una breve exposición de los hechos, para concluir:

—Me obligaron a llamar a mis padres y anunciarles que paso la noche contigo. El señor Jeeters pretende que pidas permiso a tus tíos y vengas a verme, sin que nadie sospeche nada. Si no le traes los mensajes, nosotros… bueno, pagaremos las consecuencias.

»En cambio, jura que si traes los mensajes, nos dejarán en libertad en cuanto tengan lo que desean. Jupe, ¿qué piensas tú? ¿Te parece conveniente acceder a lo que piden? Quizá sería mejor que llamases a la policía y…

Por el teléfono llegó un sonido de un bofetón. Luego habló el señor Jeeters:

—Ya oíste a tu amigo. Si quieres verlo de nuevo sin que le falte nada, como un par de dedos o una oreja, obedece. Coge los mensajes y aguarda delante de la chatarrería dentro de media hora. Mando un camión a recogerte. No lo digas a nadie, ¿me entiendes? De ese modo todo acabará bien.

—De acuerdo, señor Jeeters. Obedeceré sus órdenes al pie de la letra. Esperaré su camión dentro de media hora.

—Así todo saldrá bien.

Júpiter colgó el auricular. Dudó si llamar a Pete, pero ninguna ventaja se obtendría implicándole innecesariamente. Sin duda el

señor Jeeters hablaba en serio. Si le entregaba los mensajes y hallaba el objeto misterioso que buscaba, no tendría motivo para retenerlos.

Cogió los dos mensajes solucionados y el cifrado que seguía siendo una incógnita, y se los guardó en el bolsillo de su camisa. Luego, antes de introducirse en el «túnel dos», garabateó en un papel: «Búscanos en el salón de los relojes», y lo dejó sobre el escritorio. Estaba seguro de que la sala de los relojes se convertiría en el centro del misterio.

Después se arrastró a través del túnel y se encaminó hacia la Puerta Verde. Acababa de llegar a ella cuando una oscura sombra pareció desprenderse de un montón de chatarra y avanzó hacia él. Júpiter tenía reacciones muy buenas y se abalanzó contra la Puerta Verde, intentando pasar por ella y liberarse. Pero no fue lo suficiente rápido. Poderosos brazos lo sujetaron por la cintura. Seguidamente una mano presionó su boca, sofocándolo. Una voz burlona le susurró:



—¡Volvemos a encontrarnos! Esta vez la ventaja es mía.

La voz tenía un ligero acento francés. Júpiter lo reconoció en el acto. Se trataba de Huganay, el ladrón internacional de obras de arte. Los Tres Investigadores ya conocían al inteligente europeo, contra el cual lucharon en un caso anterior. Júpiter jamás lo olvidaría, como tampoco el viejo cementerio envuelto en la niebla, donde él y Pete fueron sus prisioneros.

—Deduzco —susurró Huganay a su oído— que me recuerdas. Sabes, pues, que soy hombre a quien no se le pueden hacer jugarretas. Si te suelto, ¿permanecerás quieto para conversar un rato? Me disgusta amenazar, pero si intentas un grito, te silenciaré.

Júpiter asintió con la cabeza. Satisfecho por el resultado, Huganay retiró su mano de la boca del muchacho, que a la mortecina luz, vio el rostro del hombre, sonriente.

—Pareces sorprendido de volver a verme. Debiste adivinar que Huganay no estaría muy lejos de un negocio de medio millón de dólares en pinturas robadas.

—¿Pinturas robadas? —exclamó Júpiter—. ¿Es eso lo que busca?

—¿No lo sabías? —preguntó, sorprendido, Huganay—. Cinco fantásticos lienzos con un valor total de medio millón de dólares, robados hace más de dos años, es lo que busco. Supuse que lo sabías.

—Hacemos averiguaciones sobre un reloj chillón —explicó Júpiter—. Nos llevó a ciertas conclusiones y presentí algo valioso en su misterio; pero ignoraba qué era.

—¡Ah, sí! ¡El reloj! —contestó Huganay—. Me tiene intrigado ese reloj. Lo he desmontado, pero…

—¿Fue usted quien lo robó? ¿Fue usted quien persiguió a Bob y Harry ayer?

—Ciertamente. También tuve hombres siguiéndote, pero los bobos te perdieron. Conseguí el reloj gracias al servicial policía, quien se llevó a tus amigos a la comisaría. Se lo dejaron en el coche. Pero lo he desmontado en busca de algo escondido, posiblemente un grabado, sin hallar nada. Ahora necesito saber el contenido de esos mensajes, que tu ingeniosa organización ha descubierto.

—¿Por qué he de decírselo? —preguntó Jupe, recuperando su audacia—. Si grito, Hans y Konrad estarán aquí en un minuto, y lo destrozarán.

Huganay se rió.

—Me gustan los chicos animosos. Sin embargo, te diré que te haría callar de inmediato. Tampoco estoy solo. Bien, ¿a dónde conducen las amenazas? Tengo algo que ofrecerte si cooperas. Ayúdame y te ayudaré.

—¿En qué?

—Harry, a quien conociste en casa de Bert, tiene a su padre encarcelado. Te permitiré pruebes su inocencia. Yo me llevaré los cuadros y tú sacarás a un inocente de la cárcel. ¿Rechazarás mi propuesta?

Júpiter asintió, luego de breve incertidumbre.

—Conforme, le ayudaré. Pero usted habrá de hacer otra cosa.

—¿Y qué es ello, mi regordo e inteligente amiguito?

Júpiter le contó lo sucedido a Bob y en la situación en que se encontraba, y cómo él mismo esperaba antes de media hora ser trasladado en un camión al lugar donde el señor Jeeters mantenía secuestrados a Bob y Harry.

Huganay soltó expresivas palabras en francés.

—¡Imbéciles! No creí que actuaran tan de prisa. Esperaba conseguir las pinturas y ausentarme antes de que ellos pudieran hacer nada.

—¿Los conoce? —preguntó intrigado Júpiter.

—Ciertamente. Sé más de lo que imaginas. Hace dos semanas que estoy en la ciudad, buscando una pista. He usado ciertos métodos. Por ejemplo he intervenido los teléfonos de esos individuos, y escucho todas sus conversaciones secretas. Bien, ha habido un cambio de situación. Tendremos que desbaratar sus planes.

»De acuerdo. Te ayudaré a rescatar a tus amigos. Luego buscaremos esas pinturas, y mañana, a esta hora, me hallaré a cinco mil kilómetros de aquí. Tú limítate a seguir mis instrucciones. En el momento adecuado esperarás la llegada del camión. Sube a él y acomódate junto al conductor. Mis hombres y yo, os seguiremos a prudencial distancia. El resto es cosa mía. Cuanto menos sepas, mejor.

Sin duda, era necesario confiar en Huganay. Júpiter se introdujo por la Puerta Verde y regresó a la casa. Empezaba a lamentar haberse inmiscuido en el asunto del reloj chillón, pero ya era

demasiado tarde para cambiar de opinión. De todos modos, confiaba en la inteligencia y recursos de Huganay, que, sin duda, vencería a Jeeters, Jerry y Carlos. Entró en la casa. Sus tíos aún contemplaban la televisión. Les anunció que Bob había telefoneado y quería verlo. Le autorizaron a pasar la noche con su amigo. Entonces subió a su habitación, se puso la americana, y se guardó los mensajes en el bolsillo interior. Después se despidió de sus tíos, y salió a la calle.

Huganay lo aguardaba. Le puso una mano sobre el hombro, y dijo:

—No olvides que trabajamos juntos ahora. Primero tenemos que conseguir la libertad de Bob y Harry. Cuando llegue el camión, sube y no demuestres saber que te seguimos. Si por alguna razón imprevisible llegaran a sospechar, procura desvanecer sus dudas. Bien, te dejo solo.

Desapareció en la oscuridad. Júpiter ignoraba si había venido en coche. En tal caso, debió dejarlo al otro lado del Patio Salvaje. El más absoluto silencio se hizo a su alrededor.

De repente, unos faros cortaron la oscuridad. Un camión pequeño avanzó lentamente por la calle. Durante un momento los focos se recrearon en él. Luego el vehículo se detuvo. Se abrió una puerta de la cabina, y se asomó Jerry.

—Bien, chico. ¡Salta! Será beneficioso para tu salud y la de tus amigos, que no intentes ninguna treta.

Capítulo 17

El poder de sus enemigos

El camión avanzó en dirección a Hollywood, conducido por Carlos. Júpiter se hallaba entre él y Jerry.

—¿Traes los mensajes? —preguntó Carlos.

—Sí, señor; los tengo —respondió Júpiter.

—Eso es bueno —murmuró Jerry—. De lo contrario… ¿qué pasa, Carlos?

Éste miraba por el espejo retrovisor.

—Creo que nos siguen. Llevamos un coche en nuestra estela.

—¡Nos siguen! —exclamó Jerry, cogiendo con fuerza a Júpiter —. Chico, si has avisado a la policía…

—No, señor, no lo hice —Júpiter pareció asustado, y en parte no era fingimiento.

Descubierto el coche de Huganay, todo el plan corría peligro.

—Entonces, si no es un coche de la policía, ¿quién es? —exigió Carlos—. De prisa, contéstame. Si te demoras, comprenderé que mientes.

—Si nos siguen —contestó rápidamente Júpiter—, podría ser alguien más interesado en los mensajes. Ayer nos robaron el reloj chillón. Si no fueron ustedes, eso demuestra que otros están interesados, y quizás han estado vigilando mi casa. En tal supuesto, habrán visto que me recogían. Y, ¡naturalmente!, querrán saber dónde voy.

—¡Eso es! —exclamó Jerry—. ¡El reloj! Harry contó eso a Jeeters. Apuesto a que el chico tiene razón. Alguien más intenta encontrar el botín. Carlos, tienes que sacudírtelos.

—Déjalo de mi cuenta. Hay una autopista a un kilómetro de

aquí. Me desviaré por ella, y que intenten seguirnos allí.

Mantuvo la misma velocidad durante un par de minutos, y al acercarse al desvío, aceleró, subió una rampa, y se halló en la autopista.

En la zona de Los Ángeles y Hollywood hay una gran red de autopistas, que unen dichas ciudades con todo el territorio circundante. Son innumerables los coches que las utilizan, tanto de día como de noche. Ésta contenía seis bandas de circulación profundamente invadidas de automóviles y camiones que se deslizaban a gran velocidad.

Carlos hundió el pedal del acelerador y avanzó en zigzag, adelantando coche en las tres columnas de su dirección. Cualquiera que lo siguiese, quedaría irremisiblemente despegado entre las baraúndas de coche y enormes camiones. Empero no se dio por satisfecho hasta después de diez minutos de conducir tan temerariamente y con absoluto desprecio de las normas de circulación.

Luego se situó en la banda derecha y abandonó la autopista por una rampa de salida.

Carlos mantuvo una velocidad normal, y los ánimos de Júpiter se desinflaron. Había contado con la ayuda de Huganay, y era evidente que esta ayuda nunca le llegaría.

El camión giró en una calle flanqueada de dos casas viejas, y se detuvo ante un garaje con capacidad para dos vehículos. Carlos hizo sonar el claxon y una de las puertas se enrolló hacia arriba. Tan pronto penetraron en él, la puerta bajó otra vez.

Carlos y Jerry se apearon, empujando a Júpiter, que vio al señor Jeeters, y detrás a Bob y Harry ligados a unas sillas.

—¿Surgieron problemas? —preguntó Jeeters—. Os habéis retrasado.

—Alguien nos siguió —informó Carlos—. Tuvimos que perder algún tiempo para despistarlo. El chico jura que no son polis. Tal vez se trate del que robó el reloj chillón ayer. De todos modos quienquiera que fuese, lo despistamos.

—Bien —Jeeters fijó sus duras pupilas en Júpiter—. Estoy seguro de que nuestro joven amigo es muy listo y no habrá querido riesgos. De acuerdo, muchacho, ahora los mensajes. Muéstralos.

Júpiter buscó en su bolsillo, y se sacó un trozo de papel.

—Aquí está el primero, señor Jeeters.

Éste lo leyó.

—«Te sugiero mires el libro».

—Tu amigo ya nos habló de éste. ¿A qué libro se refiere?

—Lo ignoro.

—¿Tampoco lo dice el segundo mensaje?

—Aquí está, señor. Véalo usted mismo.

—¡Hum! «Sólo una habitación donde el padre tiempo zumba». ¿Qué significa eso?

—Sospecho que se refiere a la habitación del señor Hadley, donde todos los relojes electrificados zumban mientras funcionan.

—Sí, sí, naturalmente, tiene que significar eso. Pero he registrado aquella sala, en busca de paneles corredizos, escondites, cualquier cosa, y nada. Dame el resto del tercer mensaje. Tengo la otra mitad —y mostró un trozo de papel.

De repente se produjo una interrupción inesperada. Los vidrios de las ventanas saltaron hechos pedazos, y, a continuación, dos hombres uniformados de azul, aparecieron en ellas, armadas sus diestras con relucientes automáticas.

—¡Arriba las manos! —conminó uno de los policías—. ¡Rápido, y sin falsos movimientos!

—¡La policía! —exclamó Jerry.

Carlos murmuró algo en español, que los chicos no entendieron.

—¡Quietos! ¡Alzad las manos! —ordenó el segundo agente—. Los tenemos rodeados por ambos lados.

Lentamente, Jerry y Carlos alzaron sus manos. El señor Jeeters retrocedió hasta el banco de trabajo, y durante un momento pareció buscar un arma detrás de él. Un policía le apuntó.

—¡Usted también! —gritó—. ¿Qué hace? ¿Qué es eso que arde?

—Ha quemado los mensajes —informó Júpiter.

El soplete ardía sobre el banco, y el señor Jeeters había lanzado los mensajes a su llama. Los trocitos de papel se convirtieron en rizos de ceniza.

—¡Ahora tratemos de resolver el misterio! —se burló el señor Jeeters.

—Puedo recordar los dos primeros mensajes —dijo Júpiter—. Pero si el cifrado ha sido destruido, nunca sabremos lo que el señor Reloj escribió.

—Prueba tu ingenio con ese problema —se rió Jeeters, volviéndose a Jerry y Carlos—. ¡Mentecatos! ¡Conque habíais eludido la persecución! Este gordinflas llamó a la policía, que os siguió hasta aquí.

—No lo hice —protestó Júpiter, tan sorprendido como los demás.

—Cúbrelos, Joe —dijo un policía, que avanzó hasta la puerta del garaje y la alzó.

Un hombre recio pasó al interior, y la puerta descendió detrás de él. El hombre se quedó en pie, y sonrió al grupo.

—Bien, bien. Excelente trabajo. La situación parece controlada.

Los ojos de Júpiter se desorbitaron.

—¡El señor Huganay! —exclamó.

Capítulo 18

Vuelta al salón de los relojes

—Sí, muchacho —dijo Huganay—. Soy yo, el incomparable Huganay, que ha emulado a la policía de tres continentes. ¿Creíste que permitiría a unos estúpidos como éstos, ganarme la partida?

El señor Jeeters y sus compinches demostraron conocer al hombre, pues se mostraron graves y nerviosos. No obstante permanecieron quietos y en silencio, a la espera de cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Pero… pero… —tartamudeó Júpiter—. ¿No lograron despistarle entre el tráfico? ¡Es imposible que pudiera seguirnos!

—Tomé mis precauciones —respondió Huganay.

Avanzó hasta Júpiter y deslizó una mano en el bolsillo lateral de la americana del muchacho, sacándola con un objeto pequeño y plano.

—Este aparatito emite una señal electrónica. Te lo puse en el bolsillo la última vez que hablé contigo. En mi coche tenía el receptor y sólo tuve que seguir las señales. Incluso entre el tráfico de la autopista pude hacerlo. Después me bastaron unos minutos para localizar la señal en este garaje. Una vez localizada, mandé a mis ayudantes a que hicieran el resto.

—Señor Huganay.

Era Bob quien lo llamó desde su silla, luego de reponerse de la sorpresa al ver al célebre ladrón de objetos de arte.

—Sin duda usted es la persona que nos siguió ayer y nos robó el reloj.

El señor Huganay hizo una leve inclinación.

—Me confieso culpable, si bien no tuve intención de haceros

daño. Sólo quería… ¿cómo definirlo?, ayudaros en vuestra investigación. Pero no es éste momento de charlas, pese a lo muy agradable que resulta encontrarse con viejos amigos —miró a sus hombres—. Aten a esos tres, en aquella columna.

Se refería a un poste de hierro en el centro del garaje que aguantaba el techo. Intimidados por las pistolas de los falsos policías, el señor Jeeters, Carlos y Jerry apoyaron sus espaldas sobre la columna y pronto quedaron atados por las muñecas, de modo que la derecha de cada uno de ellos se correspondía con la izquierda del que estaba a su lado.

Cuando los falsos policías hubieron terminado, los tres formaban un círculo alrededor del poste, completamente imposibilitados de fugarse.

—Muy bien —aplaudió Huganay—. Ahora ha llegado el momento de resolver nuestro asunto.

—Un momento, Huganay —habló Jeeters, tratando de mostrarse agradable—. ¿Por qué no participamos todos? Con nuestra ayuda lo encontrará antes.

—Sé todo lo que pueda decirme usted —respondió suavemente Huganay—. Intentó adelantárseme, y ahora sufre las consecuencias. De todos modos, como ve, trabajo con la policía —se volvió a éstos —. Desaten a los chicos y marchemos a la biblioteca del señor Bert Reloj.

Un momento después, los seis ocupaban un gran sedán negro que avanzó sin prisa por las calles de Hollywood.

Huganay se rió al decir a Júpiter, sentado a su lado:

—Muchacho, sin duda alguna no esperabas volver a verme.

—Pues, sí, señor —admitió Júpiter—. Especialmente después de ver a sus policías en las ventanas. Nunca me lo hubiera imaginado unido a la policía.

Huganay volvió a reírse.

—¡La policía! Sencillamente alquilé dos uniformes en una tienda. Así es como logré tener dos ayudantes policías. Pero no te dejes engañar por las apariencias.

Júpiter tragó saliva. *Había* sido engañado, del mismo modo que Carlos y los otros. Su desganada admiración hacia Huganay creció.

—Harry —dijo Júpiter—, cooperemos con el señor Huganay. Acepté con la condición de que me ayudaría a libertaros, y ha

cumplido su parte. Pero también se comprometió a demostrar que tu padre es inocente.

—¿De verdad? —exclamó Harry—. ¡Oh, eso es fantástico!

—Será fácil, muchacho —intervino Huganay—. El señor Bert Reloj ha sido el cerebro de la banda de ladrones que ha estado operando durante años en esta área. Robó valiosos lienzos a gente acaudalada del cine.

—¡Ahora comprendo por qué el señor Reloj se cambió el nombre hace unos años, y actuaba de modo tan misterioso! —exclamó Bob —. Apuesto que robó las pinturas encontradas debajo del linóleo de la cocina de Harry.

—Puede ser que no las robara en persona —aclaró Huganay—. Para ese menester se valía de sus ayudantes. Jerry, el antiguo *jockey*, era uno. Empleaba individuos así, porque son hombres pequeños que pueden pasar fácilmente por las ventanas. Los cuadros los vendía a coleccionistas sudamericanos. Carlos era el enlace con ellos.

»Hace un par de años, robaron varias pinturas que el señor Reloj no pudo quitarse de encima. Dos de sus mejores clientes sudamericanos habían sido encarcelados después de intentar el derrocamiento de su gobierno. El señor Reloj ocultó las pinturas, y dijo a sus hombres que las vendería más tarde, cuando fuera oportuno hacerlo.

»Pasado algún tiempo, Jerry y Carlos decidieron actuar por cuenta propia. Robaron tres cuadros y los llevaron al señor Reloj, exigiendo que sacara los otros cinco… sí, eran cinco, que mantenía ocultos.

»Pero, gracias a una de esas coincidencias de que la vida está llena, la policía, investigando el último robo, sospechó de un hombre que vivía en el hogar del señor Reloj. Tu padre, Harry. Asustado de que supieran demasiado, el señor Reloj ocultó las tres pinturas donde la policía pudiera hallarlas y culpar así a tu padre.

—¡Puso una trampa a mi padre! —exclamó Harry—. Mamá y yo siempre lo consideramos inocente.

—Sí, fue una hábil trampa. Luego, poco después de eso, desapareció. Tal vez Carlos y Jerry lo presionaron demasiado. No se atrevió a sacar los otros cuadros, y decidió ocultarse en Sudamérica. Así consiguió burlar a todos, menos a mí, que mantengo buenas

relaciones en los cinco continentes; si es que me permitís esa pequeña vanagloria.

»Tan pronto pude localizarlo, le sugerí me dejara manipular sus cuadros. Eso fue posible gracias a conocer sus actividades. Pero rehusó. Había enfermado; en realidad se moría, y sentíase arrepentido de lo hecho a tu padre, Harry. Por eso envió el extraño reloj chillón y varios mensajes a sus viejos amigos, antes de fallecer.

—¿*Por qué* mandó los mensajes y el reloj, señor Huganay? —preguntó Bob—. ¿No hubiera sido más fácil escribir una carta a la policía?

—Bert Reloj nunca fue un hombre como los demás. Sin embargo, yo considero que lo hizo por alguna otra causa, que tal vez sepamos cuando descifremos los extraños mensajes.

—Pero el señor Jeeters quemó los mensajes —recordó Júpiter.

—¿Acaso no recuerdas su contenido? —preguntó el señor Huganay.

—Recuerdo los dos primeros. Pero el tercero era cifrado, y sólo pude verlo una vez. Carlos se quedó la mitad. El primer mensaje decía: «Te sugiero mires el libro», y el segundo: «Sólo una habitación donde el padre tiempo zumba».

—¿El libro? —Huganay frunció el ceño—. ¿Qué libro? La habitación donde el padre tiempo zumba, no es problema. Sin duda se trata del salón de los relojes. Desde el primer momento sospeché que ése era nuestro destino. Bien, ya llegamos, y una vez dentro, meditaremos sin prisa las posibles soluciones.

El coche se detuvo junto al borde de la acera. Descendieron del vehículo y penetraron en el hogar de Bert Reloj. Harry los hizo pasar y se fue en busca de su madre. Pero oyeron golpes en la puerta del sótano, y, al abrirla, salió la señora Smith.

—¡Gracias al cielo que viniste, Harry! ¡Oh, qué horrible es el señor Jeeters y sus amigos! Me encerraron en el sótano, hasta que regresasen. Veo que traes unos policías. Espero que los arresten.

—Ya nos hemos cuidado de ellos, señora —informó el señor Huganay, inclinándose ligeramente—. Hemos venido aquí para resolver asuntos que conciernen a usted y a su familia.

—El señor Huganay —dijo Harry excitado—, asegura que puede probar la inocencia de papá.

—¿De veras? ¡Oh, cuánto se lo agradeceremos! —exclamó ella.

—Para lograrlo —afirmó Huganay—, necesitamos entrar en la biblioteca del señor Reloj, Hadley, si usted prefiere el nombre que adoptó después. Quizá causemos algún estropicio, pero es inevitable para demostrar la inocencia de su marido. ¿Disponemos de su permiso?

—Sí, naturalmente —accedió la señora Smith—. Destrocen la casa, si eso ayuda a mi Ralph.

—Gracias. Usted, Harry y Bob, se quedarán fuera de la biblioteca, mientras mis hombres y yo trabajamos. No atienda el teléfono si suena. ¡No conteste! ¿De acuerdo?

—Entendido. Los chicos y yo iremos a la cocina a comer algo, pues hace muchas horas que no he probado alimento alguno.

—Gracias, señora —replicó Huganay, volviéndose a Júpiter—: Llévanos a la biblioteca, muchacho.

Mientras, inocente del embrollo en que se habían sumergido Bob y Júpiter, Pete contemplaba la televisión con su padre. El señor Crenshaw, técnico experto en la industria cinematográfica, a menudo viajaba hasta alejados rincones del mundo, a fin de elegir parajes apropiados para la realización de películas.

Pete apenas logró mantener su interés en la cinta de detectives que daban. Pensaba en el misterioso señor Reloj, y su extraño despertador. Cuando el programa hubo acabado, formuló a su padre una pregunta.

—Por supuesto que conocí a Bert Reloj —contestó su padre—. No íntimamente, pero lo traté en un par de películas. ¡Qué chillador más fenomenal era aquel individuo! Conseguía helarle la sangre al más valiente. En una de sus películas, de hace veinte años, utilizó una treta muy interesante.

—¿Una treta? —Pete cogió una patata frita de la bandeja sobre la mesa—. ¿Qué clase de treta, papá?

—¿Qué dices? —Su padre ya estaba atento al próximo programa.

Pete repitió la pregunta, y su progenitor contestó distraído. El muchacho parpadeó asombrado al escuchar la respuesta. Era algo que Júpiter ignoraba, y si bien no parecía encajar, sin duda le gustaría saberlo. Pensó en llamarlo y decírselo. Pero el primer

investigador estaría ya en la cama.

—Se hace tarde —dijo el señor Crenshaw—. Es hora de que te acuestes.

—De acuerdo, papá.

Pete decidió irse a la cama sin telefonear. Podía decírselo a Jupe cuando lo viera por la mañana.

Capítulo 19

Una investigación infructuosa

Dentro del salón de los relojes, el señor Huganay se volvió muy activo. Ordenó a sus hombres que cerrasen bien las persianas. Luego encendió todas las luces e inspeccionó la habitación.

—Cientos de libros —murmuró—. Tres pinturas sin valor. Un gran espejo. Muchos relojes. Algunas paredes con paneles donde disponer un escondite. El primer mensaje aconseja consultar un libro. El segundo habla de la habitación donde zumba el padre tiempo. El tercero… déjame ver el tercero, muchacho.

Júpiter le entregó el trozo superior del tercer mensaje. Huganay miró los números y frunció el ceño.

—Evidentemente se refiere a ciertas páginas de un libro. Pero no tienen significado sin el libro adecuado. Muchacho, ¿qué libro consideras que pueda ser?

—Ni idea, señor —replicó Júpiter—. Aunque sin duda el libro se encuentra en esta habitación.

—Sí, yo también lo creo. Busquemos.

Huganay cogió dos o tres libros y los hojeó, dejándolos de nuevo en su sitio.

—¡Puaf! —exclamó—. Nada significan. Hay demasiados libros. Pero necesitamos descifrar el mensaje. Piensa, muchacho, piensa. Todos sabemos que eres muy buen analizador.

Júpiter se pellizcó el labio.

—Señor Huganay…

—Adelante, muchacho.

—Los mensajes iban destinados a Rex Rey. Era él quien tenía que resolverlos. Luego él sabe a qué libro se refiere el señor Reloj.

—Naturalmente que lo sabrá. Sólo tenemos que telefonearle, y preguntárselo.

—Pero se halla en el hospital.

—Malo —el rostro de Huganay se estiró—. ¿Otra idea?

—Preguntemos a su esposa. Quizá lo sepa también.

—Me parece muy sensato. Hazlo.

—En todo caso, que sea Bob. Fue él quien habló con esa señora.

Júpiter fue a la cocina, donde Bob bebía leche con cacao en compañía de la señora Smith y Harry.

—¿Hay novedades, primero? —inquirió.

—Aún no. Necesitamos tu ayuda.

Jupe explicó lo que deseaba que hiciese. Bob se fue al vestíbulo, buscó el número de Rex Rey, y marcó. Reconoció la voz de la señora Rey.

Le habló del libro misterioso, que sin duda su marido conocía, y le preguntó si podría decirle a qué libro se refería Bert Reloj.

—Sí, creo que lo sé —respondió la señora Rey—. Hace muchos años Bert escribió un libro de sus experiencias radiofónicas. Mi marido le ayudó a escribir la obra, que tituló *Un reloj chilla a medianoche*. ¿Ayuda eso?

—Desde luego que sí —exclamó Bob—. Muchísimas gracias.

Colgó y pasó la noticia a Júpiter y Huganay, que regresaron a la biblioteca y cerraron la puerta. Bob se fue a la cocina.

Minutos después, Huganay gritó:

—¡Aquí está! —leyó—: *Un reloj chilla a medianoche*. Ahora sí que progresamos. ¿Dónde tienes el mensaje? Veamos… página tres, palabra veintisiete. Yo busco y tú escribe.

—La palabra es «colócate». Ahora busquemos el resto.

Trabajaron rápidos y Júpiter escribió todas las palabras hasta que se acabaron las cifras.

—Eso es todo —dijo Huganay—. El resto ha desaparecido. Lee lo que tenemos.

Júpiter leyó en voz alta:

—«Colócate en el centro de la habitación cuando falte un minuto para la medianoche. Hazlo con dos detectives y dos periodistas. Daos las manos, formando círculo, y manteneos en absoluto silencio durante un minuto. Exactamente a medianoche…» —se detuvo—. Aquí termina el mensaje, señor Huganay.

—¡Mil truenos! Acaba antes de que diga nada. Exactamente a medianoche, *¿qué?* ¿Qué ha de suceder? No hay modo de saberlo. Bert tenía una mente muy complicada. Nunca adivinaré su pensamiento —suspiró—. ¡Tendremos que revolver todo el salón! O los cuadros están ocultos en esta habitación, o hay una llave de una estancia secreta en alguna parte. Sería más fácil si supiéramos qué buscamos, pero no lo sabemos. Bien, saquemos el mayor partido posible.

—Un momento, señor Huganay. ¿Y si los cuadros fueran esos de la pared? Quiero decir, que los verdaderos estuvieran ocultos bajo esa pintura.

—No, no. Estoy seguro de que no es ese el caso, pero los examinaré.

Huganay bajó el cuadro más cercano y lo estudió detenidamente. Rascó la pintura de un ángulo con un cortaplumas.

—No. Se trata de un cuadro sin valor alguno. Miremos el resto de los libros, por si ocultan una llave. Luego examinaremos las paredes y estanterías en busca de tablas dobles o paneles corredizos.

—Espere. Tengo otra idea, señor.

—¿Otra? Tu mente zumba como los relojes —exclamó Huganay —. ¿Qué es ahora?

—Tal vez el sistema empleado para escoger las palabras del libro, señor.

—Adelante, muchacho.

—Cuando la gente escoge palabras de un libro, para formar un mensaje —siguió Júpiter—, pone una señal debajo de la seleccionada. Si las palabras del mensaje del señor Reloj aparecen marcadas en el libro, podemos descifrar el resto buscando todas las señaladas.

—¡Notable intuición! —reconoció Huganay—. Comprobémoslo.

Volvió a consultar el libro.

—Tienes razón, muchacho. Cada palabra del mensaje tiene un punto apenas visible. Busca tú.

Júpiter cogió el libro y giró lentamente las páginas, en busca de un punto. Cuando halló la primera, la dijo en voz alta y Huganay la escribió. Necesitaron mucho rato, pero Júpiter, interesado en su trabajo, no se cansó.

Finalmente, se acabaron las marcas.

—Bien —dijo Huganay—. Leeré el mensaje: «Colócate en el centro de la habitación cuando falte un minuto para la medianoche. Hazlo con dos detectives y dos periodistas. Daos las manos, formando círculo, y manteneos en absoluto silencio durante un minuto, exactamente a medianoche la alarma del reloj chillón que te mando, se soltará. Tenlo a todo volumen. Deja que grite hasta que se descubra mi escondite».

El señor Huganay miró a Júpiter.

—¿Qué suponemos que querrá decir? —preguntó.

Júpiter frunció el ceño. Era uno de los mensajes más raros que nunca viera.

—No sé… parece como si el reloj chillón formara parte de un mecanismo que abre un panel oculto o algo parecido. Se construyen cerraduras que se abren con sonidos especiales. Algunas lo hacen cuando el propietario les habla. Creo que el zumbido del reloj tiene un poder acústico parecido.

—Exacto —convino Huganay—. Yo también he llegado a esa conclusión. Se trata de una cerradura que se abre mediante ondas sonoras especiales.

—Bien, si tiene usted el reloj, podemos intentarlo. No creo en esa comedia de darme las manos y esperar hasta la medianoche.

—Ahí estriba la gran dificultad —dijo lentamente Huganay—. El reloj no existe ya. Lo desmonté en busca de un mensaje oculto grabado en el interior. Ya no chillará más —suspiró—. No esperaba una cosa así. Es una de las pocas veces en que me culpo de un grave error. Pero no puede evitarse. No podemos utilizar el reloj.

—En tal caso, ignoro qué podemos hacer.

—Hay un modo —afirmó Huganay—. Es rudo y detesto la rudeza, pero esta vez es necesario. Mis hombres sondearán las paredes de esta habitación, incluyendo las que están cerca de los anaqueles. Si hay una tabla secreta u otro escondite, lo descubriremos.

Se volvió a sus hombres.

—Fred. Vaya al coche y tráigame las herramientas. Tenemos trabajo.

Capítulo 20

Desenlace inesperado

La biblioteca del señor Reloj se convirtió en un campo de confusión. Parecía como si en ella hubiera explotado una bomba, o un equipo de obreros demoliera la casa. Esto último era casi cierto. Los hombres de Huganay habían arruinado el salón. Lo habían atacado con hachas y palancas.

Primero quitaron los libros de los estantes, amontonándolos en el suelo, los cuadros y el espejo, agujerearon las paredes, examinando centímetro a centímetro la habitación en busca de un trozo hueco; destrozaron las estanterías para hallar una puerta secreta o un armario oculto, e incluso, atacaron el techo hasta comprobar que era de yeso macizo.

Todos los esfuerzos acabaron en fracaso. No encontraron nada que se pareciera remotamente a un escondite secreto.

Huganay se mostraba tan enojado como decepcionado.

—Admitamos nuestro fracaso, Bert ha ocultado tan bien su tesoro, que no puede encontrarse. Realmente nunca lo hubiera creído posible.

—¿Supone eso, que no podrá demostrar que el padre de Harry es inocente? —preguntó Júpiter.

—No sin encontrar los cuadros robados, muchachos. Y, como puedes ver, no los hemos hallado, a menos que tengas más ideas.

Júpiter se presionó el labio.

—Señor Huganay, el reloj está destruido, pero quizás el chillido, no.

—¿Qué quieres decir?

—Hay un hombre, el señor Gerald Watson, que tiene una

colección de todas las versiones radiofónicas que el señor Reloj grabara en los seriales de *Un grito a medianoche*. Cada una de ellas comienza con un grito especial, registrado en cinta. Si pedimos prestada la cinta y el magnetófono al señor Watson, no necesitaremos el reloj.

—¡Llámalo ahora mismo! ¡El tiempo es oro!



Júpiter salió de la estancia y telefoneó al señor Watson. Al principio el buen hombre se resistió, pero al reconocer el grito descrito por Júpiter, se prestó de buen grado.

—Sé muy bien al que te refieres. Es el grito que hizo famoso a Bert en una película de hace veinte años. Naturalmente que lo tengo registrado. Puedo poner mis manos encima de él ahora mismo. Te prestaré la cinta y el magnetófono, pero con la condición de que tendrás que contarme luego el misterio de todo este lío.

Júpiter se lo prometió, y dijo que iba en seguida a su casa.

Bob, Harry y la señorita Smith salieron de la cocina al oírlo telefonear, y se alarmaron ante el desorden que reinaba en la biblioteca.

—¡Repámpanos, Jupe; habéis desarmado la habitación! —exclamó Bob—. ¿Hallasteis algo?

—Aún no.

—Vaya, parece que intentan derrumbar la casa —exclamó la señora Smith—. No hubiera concedido permiso, de saber que iban a causar tantos desperfectos.

—Buscamos las pruebas que demostrarán la inocencia de su esposo —le respondió el señor Huganay—. ¿Quiere que dejemos de buscar?

—¡Oh, no! Si ha de servir para proclamar su inocencia, no me importan los desperfectos.

—Procuraremos no aumentarlos —Huganay hizo una leve inclinación, y ella se mostró satisfecha.

Puesto que ya habían tanteado cualquier lugar susceptible de ser utilizado como escondite, decidieron esperar. El llamado Joe se fue en el coche en busca de la grabación, y regresó una hora después, con una pesada máquina.

—Aquí lo tengo —anunció—. El viejo puso ya la cinta, y está a punto.

—Muy bien —respondió Huganay, que se volvió a Júpiter—. ¿Sabes cómo funciona ese chisme?

—Sí, señor.

Júpiter abrió la caja portátil, sacó la conexión eléctrica y la enchufó.

—Volvamos a colocar las cosas como estaban —rogó—. Bueno, será imposible hacerlo de un modo completo, pero colguemos los

cuadros y el espejo, y pongamos algunos libros en las estanterías.

Huganay, que empezaba a protestar, accedió rápido.

—¡Háganlo! —gritó a sus hombres, que obedecieron.

Volvieron a colgar el espejo y los cuadros, dispusieron algunos libros en los anaqueles, y se apartaron a un lado.

—Ahora, ¡acción, por acción! —ordenó impaciente Huganay—. Me temo que perdemos el tiempo, pero al menos, intentémoslo.

—Sí, señor.

Júpiter había manipulado el magnetófono, preparándolo para un volumen de escasa potencia, y luego de localizar el trozo de la cinta que emitía el grito, volvió a enrollar.

—Estoy a punto —anunció—. Por favor, guarden silencio.

Puso en marcha la cinta y subió el volumen. Primero se escuchó una conversación entre un hombre y una mujer. Después llegó el grito, agudo, desesperado, fantasmal. Resonó en la habitación, y con un largo lamento se extinguió.

Todos esperaban ver que se abriera una puerta secreta, o se corriera un panel, dejando al descubierto un boquete.

Pero no sucedió nada.

—¡Lo sabía! —exclamó Huganay—. Te lo dije, muchacho, no hay escondite en este salón para cinco cuadros valiosos. ¡No hay nada!

—Yo creo que sí, señor —contestó Júpiter, con repentina ansiedad.

Había notado algo que no observaron los demás; y creyó adivinar dónde estaban ocultos los lienzos robados. Sólo faltaba demostrar su teoría.

—Volvámoslo a intentar —propuso—. Quizás el volumen no tenía la potencia precisa.

Dio todo el volumen, enrolló la cinta y empezó nuevamente el grito.

Esta vez se produjo con tan terrorífico aullido, que hubieron de taparse los oídos. El grito subió en un *crescendo* interminable hasta hacerse casi insoportable. Entonces sucedió.

El cristal del enorme espejo de la pared saltó en mil pedazos, esparciéndose por el suelo. Segundos después, sólo quedaba el marco y unos cuantos cristales en los bordes. En el lugar ocupado por la luna del espejo, apareció un lienzo de vivos colores. Mientras

lo miraban se enrolló, para caer al suelo, seguido de cuatro lienzos más.

El secreto del reloj chillón quedaba al fin explicado.

Sin hacer caso de los cristales esparcidos, Huganay se abalanzó a coger el primer lienzo, un abstracto que mostraba remolinos de color sobre fondo negro.

—¡Los cuadros! —exclamó triunfante—. ¡Medio millón de dólares! ¡Al fin lo he conseguido!

Pero se abrió la puerta de la biblioteca y una voz ruda gritó detrás de ellos:

—¡Arriba las manos! ¡Quedan todos arrestados!

Siguió un aturdido silencio, y todos se volvieron a mirar para ver el grupo de hombres en el umbral. Dos policías los apuntaban con sus revólveres. Júpiter reconoció al jefe de la policía de Rocky Beach, y al señor Crenshaw. Pete surgió de entre ellos.

—¡Jupe! —exclamó angustiado—. ¿Estáis todos bien? ¡Córcholis! Llegasteis a preocuparnos. No podía dormirme, quería decirte algo y telefoneé a tu casa. Tu tío me dijo que estabas en casa de Bob, y la madre de Bob creía que ambos estabais en Patio Salvaje. Llamé al Puesto de Mando, y no conseguí respuesta. Entonces cogí la *bici* y me acerqué allí por si habías dejado algún mensaje. Hallé tu nota referente al salón de los relojes, y telefoneé aquí, pero nadie contestó.

»Entonces me preocupé de verdad, y se lo comuniqué a mi padre, que llamó al señor Reynolds. Vinimos a investigar y parece que llegamos a tiempo.

El señor Reynolds avanzó un paso y cogió el cuadro que Huganay tenía en sus manos. Cuidadosamente lo depositó sobre el escritorio.

—Éste fue robado de una galería hace dos años. Lo recuerdo por las fotografías que circularon entre la policía.

Se volvió a Júpiter.

—Tuve el presentimiento de que esto podía ser grave. Bob había sido objeto de persecución ayer, y alguien robó un reloj de su coche. Temí que estuvieras envolviéndote en algo serio. Parece que hemos llegado a tiempo de sorprender a los ladrones con las manos en la masa.

Júpiter miró al señor Huganay, y se sorprendió de la

tranquilidad que demostraba aquel ladrón capturado después de engañar a la policía durante muchos años. En realidad, se sonreía. El hombre bajó las manos, sacó un cigarro de su bolsillo y lo encendió.

—Por favor, ¿de qué se me acusa? —inquirió.

—Posesión de géneros robados será suficiente para comenzar —saltó el jefe de policía—. Luego añadiremos secuestro, daños… ¡Oh, tenemos un montón de cargos contra usted!

—¿De veras? —Huganay aspiró humo de su cigarro y lo disparó formando una nube—. No formule acusaciones temerarias, mi querido amigo. Vine aquí en pública y animada caza de varios lienzos robados por el señor Albert Reloj.

—Este muchacho —señaló a Júpiter—, le dirá que él y sus amigos me están ayudando voluntariamente, sin coacción.

»En cuanto a los destrozos ocasionados en esta habitación, no se hicieron sin permiso de la dueña, o encargada de la casa. Era necesario encontrar los lienzos robados. Y los hemos encontrado. Ahora los entregamos a usted, caballero, y nos despedimos.

—Un momento… —empezó el señor Reynolds.

—Diles que ésa es la verdad, muchacho —rogó Huganay a Júpiter.

Éste parpadeó. Era cierto todo cuanto había dicho Huganay.

—Sí, señor Reynolds —accedió de mala gana—. Estamos aquí voluntariamente, y el señor Huganay buscaba los cuadros ocultos. Todo eso es absolutamente cierto.

—Sabemos qué clase de sujeto es. Sin duda, su propósito era huir con el botín, una vez descubierto —gritó el jefe de policía.

—Suposiciones —intervino Huganay— que no puede probar. Y en tal caso, si nos excusa, nos vamos. Carece de autoridad para arrestarnos, y si lo hace, pediré daños y perjuicios por un millón de dólares.

Señaló la puerta a sus hombres, que aún mantenían nerviosamente los brazos en alto.

—Vamos —apremió—. Ya no somos necesarios aquí. Deseémosles buenas noches.

—¡Un momento! —intervino un policía—. No se irá con tanta facilidad. Podemos arrestar a esos hombres por uso indebido de nuestro uniforme.

—¿Seguro? —Huganay bostezó—. Fred, sírvase acercarse. Ahora, caballeros, examinen la insignia que Fred muestra. Fíjense en sus iniciales.

—¡D.P.N.Y.! —leyó sorprendido el señor Reynolds.

—Correcto. Quiere decir Departamento de Policía de Nueva York. Estos hombres son actores contratados por mí, para ayudarme en la búsqueda de los cuadros. Llevan uniforme de la policía de Nueva York. Y eso está casi a tres mil kilómetros de aquí. Sólo se trata de una broma inocente, ideada por mí. No puede usted acusarlos de suplantar a la policía de Los Ángeles, cuando llevan uniformes de la policía de Nueva York.

Júpiter tragó saliva. Efectivamente, era cierto. Con los demás, había creído que vestían el uniforme de Los Ángeles.

—Vamos, caballeros —invitó Huganay que, tranquilo, caminó hacia la puerta.

El señor Reynolds se rascó la cabeza.

—Que me zurzan si se me ocurre algo justificado para detenerlos. Bien, Habrá que dejarlos marchar.

Júpiter admiró a Huganay, que, si bien no conseguía las pinturas con tanto ahínco perseguidas, lograba un triunfo al retirarse de allí.

En el umbral, Huganay se detuvo. Miró a Júpiter.

—Fue un placer trabajar contigo, muchacho. Pero lamento que no seas mi socio en actividades profesionales. Con mi ayuda tendrías un gran porvenir. Sin embargo, algún día volveremos a encontrarnos.

La puerta exterior se abrió y Huganay y sus hombres desaparecieron. El señor Reynolds volvió a rascarse la cabeza.

—Bien —dijo—. Creo que ha llegado la hora de algunas explicaciones. Júpiter, ¿qué es todo esto?

Júpiter respiró profundamente.

—De acuerdo, señor Reynolds. Todo empezó con un reloj chillón. Verá…

Y habló durante larguísimo rato.

Alfred Hitchcock al habla

No es necesario relatar cuanto Júpiter Jones contó al jefe de policía. No obstante, quizás interese conocer algunos detalles de la historia, antes de que fuera cerrada oficialmente.

Los cuadros robados causantes del arresto del padre de Harry fueron colocados debajo del linóleo por el propio señor Reloj, temeroso de que la policía sospechase de él, a menos que pudiera desviar la atención hacia otra persona. Luego, tan pronto pudo marcharse sin riesgo, abandonó el país, y se ocultó en Sudamérica. Quiso alejarse de la policía y escapar de Carlos, Jerry y el señor Jeeters, miembros de la banda que había robado los cuadros, y que lo presionaban para reanudar las actividades delictivas.

El señor Reloj falleció de enfermedad en Sudamérica, como había dicho Huganay, y resultó imposible llevarlo ante la justicia. En cuanto a Carlos, Jerry y el señor Jeeters, fueron detenidos en el garaje. Admitieron su participación en los robos, estableciéndose así la inocencia del padre de Harry, que no tardó en salir de la cárcel y reunirse con su familia.

La jugada de efecto del señor Reloj en el viejo film a que se refirió el padre de Pete, y que el señor Watson recordaba, consistía en romper un cristal mediante las ondas acústicas. Las vibraciones causadas por ciertas ondas de sonido, pueden romper un cristal fino, y eso facilitó la consecución de una escena dramática en la película.

El señor Reloj adquirió un espejo de esas características y lo colgó en su biblioteca, usándolo como escondite de las telas robadas hasta que las vendía. Pero no pudo deshacerse de las cinco últimas y las dejó en el escondite más seguro que conocía. El porqué eligió un espejo, sólo es conjeturable. Sin duda, gozaba sabiendo que

podía romper el cristal con un grito, quizá pensó hacerlo algún día delante de sus amigos para sorprenderlos.

Ése era el truco de que el señor Crenshaw habló a Pete, y que éste juzgó necesario supiese Júpiter. Como bien afirmó el segundo investigador, le resultó imposible dormirse y telefoneó a su jefe. Entonces supo que él y Bob faltaban inexplicablemente de sus domicilios.

Júpiter sentíase enojado consigo mismo por no haber adivinado que un espejo grande podía ocultar varios lienzos pequeños. Bob y Pete le recordaron que había obtenido brillantes deducciones en otras fases de la investigación, y qué podía perdonarse a sí mismo un fallo, aunque fuese fundamental.

De hecho, cuando puso en marcha el magnetófono para oír el grito por primera vez, observó que el espejo vibraba y adivinó lo que sucedería. Y al aumentar el volumen, rompió el espejo, provocando una situación altamente dramática, que incluso le satisfizo.

Pero ¿por qué el señor Reloj mandó los extraños mensajes a tres amigos, y el reloj chillón al escritor Rex Rey, en vez de hacerlo directamente a la policía? El señor Rey facilitó la respuesta.

—Bert conocía mi desgracia y la imposibilidad de seguir en mi trabajo mucho tiempo. En Hollywood, la publicidad lo es todo. Necesitaba que mi nombre saliera en los periódicos, y así los productores de cine y televisión me recordarían.

»Él ideó el modo de que yo encontrase los lienzos robados y que saliera en la prensa. Y, desde luego, de no hallarme hospitalizado cuando llegó el reloj, hubiera entrado en contacto con los otros, resuelto los mensajes, y reunido a varios periodistas y detectives para que presenciaran cómo encontraba las pinturas. Habría sido una gran noticia, y una excelente publicidad gratuita.

»Pese a ser un ladrón, Bert fue siempre un gran amigo. Su último acto fue intentar hacerme un favor. Comprendan que mi juicio sea benévolo a la hora de juzgarlo. En realidad, siento que no saliera todo como él lo planeó; me hubiera servido de gran publicidad.

Pero el señor Rey viose complacido, pues su nombre campeó en todos los titulares de la prensa cuando fue publicado el suceso. Ello le proporcionó trabajo.

Los Tres Investigadores han cerrado el caso y buscan otro. ¿A

quién no le gustaría saber ya de qué va a tratarse?

ALFRED HITCHCOCK

Fin



ROBERT A>RTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street & Smith's Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories, Collier's, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y

luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú» la carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred Hitchcock's Haunted Houseful, (1961); Alfred Hitchcock's Ghostly Gallery, (1962); Alfred Hitchcock's Monster Museum, (1965); Alfred Hitchcock's Sinister Spies, (1966); y Alfred Hitchcock's Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más

fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de los Tres Investigadores, y once libros en una Spin-Off de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.

Notas

[1] Hemos de tener presente que el autor juega con la fonética y que la construcción gramatical inglesa es distinta que el castellano: por lo tanto no ha de sorprendernos que las deducciones que sacan los «Tres Investigadores», aunque parezcan ilógicas, son correctas en inglés. *(N. del T.)*. <<